

LA MODA.

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(CONTINUACION).

—Yo quisiera ver esas jóvenes, dijo sombríamente el conde; mi corazón necesita distraerse, olvidar.... Honorio, yo ansio, necesito enamorarme de otra mujer que separe mi pensamiento de Clotilde!

—Entonces, amigo mío, cumplís todas las secretas é infames miras del marqués.

—¿Pensais pues....

—Pienso que ese hombre ha querido excitar vuestra curiosidad para ver si logra haceros infiel á la condesa: él conoce demasiado el corazón de la mujer, y sabe que á veces el orgullo herido la precipita en abismos á donde no puede conducirla el amor con toda su magia.

—¿Y qué me importa que ella ame á quien quiera? exclamó amargamente el conde; ¿no estoy bien seguro de que no me ama?

—Nada os diré para contrarestar esa fatal creencia, que veo, por desgracia, demasiado arraigada en vuestra alma, repuso tristemente el príncipe: solo os ruego que esperéis.

—No, no; exclamó Augusto: esta situación me mata; paréceme que amo mas á mi esposa desde la pérdida de mis ilusiones; necesito que me pertenezca un corazón virginal y puro, que no se haya abierto aun á ningún otro amor en la tierra! Necesito hallar de nuevo lo que soñé hallar en Clotilde, lo que anduve buscando toda mi vida! Un corazón que fuese mío, únicamente mío! Hay mujeres de vida borrascosa que tienen el corazón virgen de todo amor; alguna de esas jóvenes debe ser pura, al menos de alma y de sentimientos, y eso me basta; además, ¡cuán grato será para mí sacarla del abismo del vicio si realmente ha caído en él! Dejadme probar, Honorio, dejadme probar! lo quiero... lo necesito!

Guardó silencio el príncipe ante tan vehemente

MARZO.

razonamiento: el conde desde el siguiente día se ocupó de buscar una de esas mujeres despreciables mensajeras de infamia, y que atraen á las jóvenes á sucumbir entre lazos tan bien urdidos que parecen inspirados por el mismo Satanás; encontróla fácilmente; mas en vano con diferentes pretextos intentó subir esta mujer á la habitación de las señoritas Valdés: el señor Martín y la señora Antonia, que no formaron un juicio muy favorable de su talante, la despedían siempre *con cajas destempladas*, como ellos decían.

El príncipe, por su parte, vivía solitario y melancólico: no buscaba el amor: la profunda convicción en que estaba de que los sinsabores que había ocasionado á su madre había minado la salud de esta de un modo irremediable, le hacía acusarse de su muerte durante las largas horas de soledad de su helada vida.

Ni siquiera pensaba en salir de España: agradábanle su hermoso y alegre cielo, sus costumbres y el carácter de sus habitantes; y en medio de su aislamiento apenas se preguntaba si viviría mejor en cualquiera otra nación del globo.

Un día que había asistido á una comida de jóvenes del gran tono, amenizada por dos ó tres bailarinas extranjeras, volvió á su casa dolorosamente afectado: todos habían hablado con curiosidad é interés del *Nido de palomas*: era la cuestión capital de todos los calaveras el penetrar en aquella blanca y humilde casita; pero en la imposibilidad de lograrlo todos aseguraban que eran *amigos íntimos* de sus candidas habitadoras, y que sabían cuanto había que saber de sus usos y costumbres.

Sin embargo, nadie se atrevía á hablar de aquellos usos que se afectaba conocer tan perfectamente, y esta discreción forzada se asemejaba á una discreción mas insultante para las que lo ocasionaban que el lenguaje mas libre.

Al penetrante talento del príncipe, á su delicado instinto, no se podía escapar que era falso cuanto aquellos hombres decían: al día siguiente esperó á que se hiciera de noche, tomó un bolsillo lleno de oro y se dirigió al nido de palomas.

Nada es comparable á la sensación de bien estar y de placer que causó al príncipe el aspecto de aquella casita y sus habitadoras: había en todo un perfume de modestia, de candidez y de santidad,

que apartaba de la mente todo mal pensamiento y la preparaba para ideas dulces y suaves.

Mas al descubrir la pálida y hermosa figura de Ofelia desmayada, el corazón de Cellemare dió un vuelco en su pecho, palideció y tuvo que apoyarse en la pared para no caer: la semejanza de la joven con la princesa Honoria, su madre, era tan prodigiosa que Cellemare, cuya imaginación era en extremo poética y entusiasta, creyó verla de nuevo en la tierra, hermosa y rejuvenecida.

Puede juzgarse de su dolor, cuando despues de su piadosa estratagema para hacerles aceptar la suma que les habia destinado, oyó al anciano doctor la confirmación de todo cuanto se decia.

Ya no dudó, porque aquel hombre de blancos cabellos habia hablado con el acento de la verdad.

Perdido, loco, al ver desvanecido el encanto que, durante algunos instantes le habia rodeado, encanto el mas poderoso que en su vida habia sentido, se lanzó á la calle en pos del doctor.

Ya hemos visto que en aquella misma noche habian logrado penetrar tambien en casa de las huérfanas el marqués de la Oliva con la carta de la duquesa y la infame mensajera del esposo de Clotilde.

Pobres palomas! de las tres, las dos mas jóvenes se veian acosadas por los traidores lazos de cazadores astutos, en tanto que la otra moria.... de miseria y de pena!

XIX.

DOÑA SINFOROSA.

Dulce, templada y alegre apareció la mañana del día en que Blanca debia ir á casa de la joven pintora, á quien iba á servir de modelo.

Fuerza es que penetremos en esta casa para que mis lectores conozcan otro de los personajes de mi historia.

"Muchos van ya conocidos;" dirá quizá alguno impaciente por llegar al fin de ella: pero yo me veré obligada á contestarle, que lo que escribo, mas bien que una novela, es una serie de cuadros de costumbres, que unidos, presentan las terribles peripecias de un drama palpitante de vida y de pasión....

Yo diré sin rebozo y con toda sinceridad, que el objeto de mi historia es presentar á los ojos de la mujer todos los medios de que se puede valer el hombre para derrocar el edificio de su virtud: quizá lo que escribo no es enteramente ficción mia; tal vez en ello haya mucho copiado del natural: mas como quiera que sea, no te quejes, lector mio, si te hago conocer una docena de personajes, que mayor número que este se suele emplear para conducir hábilmente muchas insignificantes intrigas, ó para conseguir culpables caprichos.

Ven conmigo, pues, á un cuarto segundo de la calle Mayor de esta coronada villa, y figúrate que has subido una escalera con pasamanos de made-

ra, y que te hallas á la puerta de una habitación de mediana apariencia.

Pero antes de pasar adelante, debo hacerte una advertencia, por si acaso no has residido nunca en Madrid.

Muchas son las personas de muy regular posición que viven en él en cuartos terceros y aun cuartos; no hay en la corte esa preciosa independencia que se disfruta en nuestras provincias, en las cuales tiene cada uno para sí y su familia una casa completa y cómoda por reducida que sea: las habitaciones de Madrid son jaulas, pues el excesivo precio de los terrenos y la necesidad de acumular dinero en un suelo donde la vida es tan cara, hace que los caseros aprovechen sus propiedades hasta rayar en lo inverosímil.

Así, pues, la persona que vive en cuarto principal ó segundo, puede asegurarse que disfruta de algunas comodidades, aunque su casa sea de muy modesta apariencia.

Modesta era á la verdad la de la casa á donde te he conducido, á pesar de estar situada en una de las mejores calles: un portal pequeño, aunque muy limpio, llevaba á una escalera de yeso, pero blanco y casi tan liso como si fuera estuco.

La puerta del cuarto segundo era igual á la del principal: ambas ostentaban un lindo barniz azul y un cordón de seda para llamar, que terminaba por una gruesa borla.

Abierta la puerta del cuarto segundo, lo primero que se presentaba á la vista era una antecámara cuadrada y adornada con cierto buen gusto, consistente sobre todo en la sencillez y propiedad de sus muebles: guarnecía una banqueta de piel oscura y sobre ella se veian clavados en la pared algunos colgadores de hierro, que patentizaban las muchas visitas de la casa.

Otra salita algo mayor la seguia, amueblada tambien con extraordinaria sencillez: sillas azules de tapicería de una linda tela de lana y seda; un hermoso y cómodo diván del mismo género, una mesa de mármol, que sostenia un gran espejo, y algunos cuadros de escásísimo mérito componian su mueblaje.

En aquella salita estaba sentada la vieja que vimos ir á buscar á la inocente Blanca: parecia á la luz del día mas fea aun y mas horrible que alumbrada por el velón de Malvina: sus facciones, duras y negras como el cordobán, se destacaban de entre los blancos pliegues de una cofia colosal adornada con lazos de color de rosa subido: á pesar de ser solo las diez de la mañana, tenia ya puesto un vestido de vivos y abigarrados colores, guarnecido de volantes: cubria á medias su anguloso talle una manteleta de terciopelo verde, orlada de un rico fleco de igual color y ostentaba mangas y cuello de un precio muy subido.

El aspecto humilde y pobre, que llevó á casa de las huérfanas, habia desaparecido; pero quizá era mucho mas horrible el que ahora ofrecia.

Respondia esta vieja al nombre de doña Sinfiorosa, el cual no aseguraria yo que fuese el suyo, ni

aun el primero, porque hubiese cambiado el que le pusieron en la pila bautismal.

Sentada en una cómoda butaca, azul como la sillera, y colocada junto á los cristales del balcón, recibía un rayo de sol que, tan benéfico como hermoso, no se avergonzaba de iluminar aquella faz in noble y descarnada.

Enfrente de la puerta que daba entrada á la salita, ocupada á la sazón por doña Sinforosa, había otra puerta que llevaba á varias habitaciones interiores.

En un ángulo de la misma sala había otra puerta cerrada, que daba paso á otros departamentos de la casa, sin duda los mejores, según su situación y el sitio que, en su repartimiento, debían ocupar.

Durante algún tiempo permaneció doña Sinforosa sin mas movimiento que el que imprimía á sus huesudos dedos, y por el cual se conocía que estaba sacando cuentas: luego se levantó mascando algunos improperios y fué á tirar del cordón de la campanilla.

Pero nadie acudió á su sonido ni á otros dos mas fuertes que se siguieron.

Por fin, el cuarto tirón fué tan terrible que casi arrancó el cordón, y tuvo la virtud de atraer al umbral á una linda muchacha de fisonomía lista y avispada.

—¿Estás sorda, maldita? gritó doña Sinforosa con voz chillona.

La joven se arregló con sorna los pliegues de su pomposa falda y preguntó sin alterarse.

—¿Qué se os ofrece?

—En primer lugar, desvergonzada, encargarte que tengas mas cuidado cuando llamo yo.

—Sereis servida; dijo irónicamente la muchacha dando dos pasos para salir.

—Pero se vá esa infame!... Pepa! Pepa!...

Pepa volvió sin darse prisa.

—Creéis que ya he acabado de hablar, picarona?

—Es que es menester que no gasteis tanta calma, porque yo tengo que hacer, dijo Pepa con mucha cachaza.

—¿Has compuesto mi vestido de seda de cuadros como te mandé anoche?

—Está á medio arreglar.

—Ah! malvada! gritó con todos sus pulmones doña Sinforosa: ¿en qué has pasado, pues, la mañana?

—No hay duda que me guardais muy bien el sueño! dijo la fresca voz de una joven que apareció en el umbral de la puerta, que ya he dicho estaba cerrada al extremo de la sala.

Mucho tenía de graciosa aquella súbita aparición: la joven, envuelta en un largo peinador de muselina, se asemejaba á una bella estatua y nada podía darse mas lindo y animado que su rostro.

Era una de esas esbeltas hijas de Madrid, pequeña, delgada, de tez morena y algo pálida, de cabellos y ojos negros, de actitudes calculadas y llenas de coquetería.

Sus manos, que había apoyado cruzadas en el marco de la puerta, y sus pies, que se vislumbra-

ban á través del delicado tejido de su bata, calzados con unas babuchas verdes, no decían mucho en favor de la excelencia de su raza, pues eran bastante gruesos y comunes, aunque de una blancura deslumbradora.

Todo en ella anunciaba una naturaleza material y voluptuosa: su cuello, de un trigüño claro y mate, estaba cruzado por gruesas venas azules: su cabello, negro y rizado, era basto y reluciente: tenía los ojos pequeños; pero llenos de viveza, adornados con gran lujo de cejas y pestañas y su nariz corta y un tanto remangada, aunque de forma muy graciosa, acababa de dar á su fisonomía un aire de resolución y de orgullo muy notable.

En suma, conocíase que aquella mujer era poco pensadora; que su imaginación era tan menguada como grande el desarrollo de sus sentidos y que su vida era el placer y las comodidades en las cuales, sin embargo, no parecía haber nacido.

Leíanse violentas pasiones en su frente, estrecha y deprimida por su parte superior, y se conocía claramente que era terca é iracunda.

—Por qué reñís á Pepa? dijo mirando cólerica á doña Sinforosa, después de su primera furiosa exclamación.

—¿Por qué ha de ser? Porque es una holgazana; contestó la vieja con humildad.

—Vete, Pepa; dijo la joven á la doméstica.

—Señorita, observó esta; he estado ocupada de orden del señor coronel.

Paulina —que así se llamaba la joven— hizo una señal á Pepa, quien salió del cuarto en seguida; después, aquella abandonó el umbral, que hasta entonces le había servido de apoyo, se acercó á la vieja, se cruzó de brazos y le dijo poniéndose delante de ella:

—Os prohibo que riñáis á Pepa.

—Es preciso, hija mía, es una holgazana y...

—Repito que os prohibo que la riñáis.

—Está bien; pero una vez que no tengo voz activa ni pasiva en esta casa que es mía, estando tú, saldrás al instante de ella con tu Pepa.

—Salir yo de esta casa? repitió Paulina con una risa triunfadora y casi salvaje; ¿salir yo de aquí? Vaya, buena Sinforosa, chocheais! ¿No la paga para mí el coronel? ¿No es mio todo cuanto hay dentro de ella?

—Pero la casa era mía antes...

—Ha dejado de serlo desde que la paga el coronel: míos eran también hace poco tiempo mis hermosos vestidos de raso celeste y de crespon blanco con jazmines y ya no lo son desde que Celinia, la comprinaria de la ópera me los ha comprado.

—Entonces me iré yo.

—No hareis tal si no quereis ir á donde jamás os dé el sol: Eduardo y yo os necesitamos; es preciso que yo siga pasando por pintora y vos por mi madre hasta que él disponga otra cosa.

—Es que ya me canso!...

—Tan mal os paga?... Vaya! ¿De qué manera podríais ganar dos duros diarios, señora Sinforosa? Ni aunque volviérais á...

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Gula Templanza.

Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin de Celis.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

II.

LA INTEMPERANCIA.

"Si es ó no invencion moderna
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invencion de la taberna.

Echa de lo mas añejo,
Porque con mas gusto comas....
¡Dios te guarde! que así tomas
Como sabia mi consejo."

Baltasar de Alcázar.

No hay para qué decir adonde buscaria D. Mendo su pupilaje; el lector habrá adivinado ya que el nuevo cura de Candás quedó desde luego instalado en casa de la Soberana, cuidado como cuerpo de rey, y considerado mucho mas que lo habia sido en vida el célebre D. Santiago, que era como hemos dicho antes, todo un currutaco de los mas alimbarados del concejo de Carreño.

Pero lo que el lector no habrá tal vez adivinado es que ningun sentimiento bastardo entraba en aquella intimidad tan culpable en apariencia. Habia, sí, en ella un pecado, pecado capital sin duda; pero que no tenia relacion alguna con lo que el vulgo sospechaba.

El resorte que los movia, que los acercaba, que los hacia considerarse como dos hermanos, ó mas bien como dos esposos que hubiesen hecho voto de castidad, era la gula. La gula en sus dos fases mas pronunciadas, porque si bien D. Mendo tragaba como un lobo hambriento cuanto se presentaba á sus ojos, Maria Joaquina indiferente á los mejores bocados, se conmovia, se sonreia, se electrizaba al reflejo de un licor cualquiera que él fuera, dulce ó amargo, irritante ó soporifico.

Es imposible espresar hasta qué punto la simpatía habia encadenado aquellas dos criaturas, victimas ambas de la mas grosera é innoble de las pasiones degradantes. Todo el tesoro del pié de altar, se sepultaba en el estómago del nuevo cura de Candás, todos los ahorros del antiguo sacristan de Albandi, todos los productos de la famosa es-

cuela se evaporaban en los sendos tragos con que tomaba aliento la jóven Soberana, para soportar las penas de la viudez.

El socialismo mas completo reinaba en la casa de la Soberana; y el señor cura y ella no tenian, como suele decirse, pan partido.

Maria Joaquina era ambiciosa para el señor cura y chupaba á las pobres niñas como una sanguijuela, sin probar apenas las miserables ofrendas con que aquellas infelices se veian forzadas á contribuir si querian evitar las crueles palmetas y las horrosas cucharadas de pimienta picante.

Pobres en demasia eran aquellos regalos, arrancados á los pobres pescadores ó al hambriento artesano, y que consistian casi siempre en algunas sardinas, huevos, ó patatas sencillamente colocadas en un plato de harina de maiz; pero la voracidad de D. Mendo encontraba buenos todos los manjares, y no queriendo dejar atrás á la Soberana en galanteria, puso en contribucion á todos los cosecheros de sidra (1) de tal manera, que no se echaba (2) un tonel en Candás, ni sus cercanías, sin que se apartase el barrilillo para el señor cura, que haciendo á pelo y á lana, bebia á las mil maravillas por acompañar á Joaquina, que aseguraba sencillamente ser muy desairado el papel de la mujer que bebe sola.

Maria Joaquina, ruin por excelencia como los que se encuentran esclavos de una pasion vil, creció en ruindad y villanía desde la llegada del nuevo cura, para el que hubiera querido reunir los tesoros de Crespo. Aquella graciosa jóven, idólatra del que autorizaba y aun halagaba cobardemente el mas grosero de los vicios, no se contentó ya con absorber como una esponja cuanto podian suministrar las pobres familias de sus discípulas, sino que retiró á su hermana los misérrimos auxilios que hasta entonces le prestaba, escatimó á Elena las dos terceras partes de su racion de mediodía, y la obligó á llevarse para cena las sobras de la comida, escasísimas siempre, merced al buen apetito del señor cura.

El vicio de la embriaguez que tan fuertemente dominaba á la ex-sacristana, yacía oculto en el mas sombrío y misterioso secreto.

Poco le hubiera importado que el pueblo de Candás sospechase en ella una predisposicion á la intemperancia, vinculada por desgracia en casi todos los pueblos pequeños, lo que importaba á Joaquina mas que todas las consideraciones era sostener á todo trance la buena opinion que de ella tenia la Sra. Mariscala. Acompañábala religiosamente el señor cura todas las noches, y cuando regresaban de la tertulia, cuando la puerta de la casa se cerraba con llave y cerrojo, empezaba para los dos buenos amigos el cotidiano festín, que convertia para ellos en un paraíso las últimas horas del día.

Sentados frente á frente en una mesa de pino

(1) Sidra.—Licor espirituoso que se extrae de la manzana.

(2) Echar un tonel, quiere decir principiarse á beber.

cubierta de blanquísimos manteles, veía la Soberana con placer como engullía el cura la opípara cena, de la que ella probaba apenas tal cual fineza como una niña melindrosa, y D. Mendo á su vez animándola con el ejemplo, reía ruidosamente cada vez que María Joaquina desocupaba el vaso, haciendo siempre al concluir un gesto de desagrado, como si tan solo bebiese por compromiso.

A fin de poder llenar su estómago sin molestia, el señor cura había adoptado un medio del que podemos dejarle sin disputa el privilegio de invención, y que solo podía ocurrírsele á quien no se ruborizaba en proclamarse idólatra de los placeres de la mesa, estando al frente de una numerosa feligresía, donde su ejemplo autorizaba desde luego la intemperancia.

Debajo de su holgada y mugrienta sotana, gastaba D. Mendo un formidable chaleco de alepin negro, que tenía de cada lado una hilera de ojales por los que pasaba una esterilla de lana negra rematada con herretes de acero.

Por medio de esta esterilla que tenía mas de tres varas de largo, iba D. Mendo ensanchando el chaleco á medida que se llenaba su estómago, hasta que su vientre llegando á los límites de lo posible y pudiendo apenas sujetarse con la estirada cinta, semejava un tambor, templado en un día de batalla.

Cuando ya no le era posible digerir un bocado mas, empezaba D. Mendo á menudear las libaciones, en las que la Soberana llevaba religiosamente el compás, animándose mutuamente con jácara, bombas y chicoleos de tabernas, y concluyendo siempre con la sopa en vino, que era para ellos lo que vulgarmente se llama el trago de la espuela.

Bien fuese efecto de la plenitud de su estómago, bien que realmente fuese mas débil su organización, el señor cura, menos fuerte que su compañera, roncaba en su poltrona estrepitosamente, cuando la Soberana, despierta, sobreescitada y con los ojos brillantes como carbunclos, celebraba la media noche con una copa de manzanilla de la mejor que se bebía en el palacio de la Sra. Mariscala.

Entonces sin recordar siquiera la diferencia del sexo, se acercaba á D. Mendo, le sacudía fuertemente hasta que lograba ponerle en pié, le arrastraba medio dormido hasta su alcoba, le ayudaba á desnudarse, y por último le arreglaba la ropa para que la encontrase bien por la mañana, ni mas ni menos que una madre cariñosa con sus hijos pequeñuelos.

A pesar de que como hemos dicho Joaquina tenía muy buen cuidado de no embriagarse hasta que no volvía de la tertulia; sus ojos iban insensiblemente adquiriendo una expresión iracunda, que no se escapó á la penetración de la Sra. Mariscala.

Una circunstancia pueril sin duda vino á fortalecer mas y mas las sospechas que se habían resbalado en el corazón de aquella señora.

Sobresaltada la Soberana por el temor de ver descubierto un secreto que databa ya de los primeros tiempos de su matrimonio, observó con es-

panto que sus mejillas, naturalmente sonrosadas, tomaban poco á poco un color cobrizo y violado, muy parecido al de la nariz del señor cura, y que sus sienes hundidas daban á su rostro una expresión de desorden en extremo desfavorable.

Queriendo disminuir en lo posible los estragos que la embriaguez empezaba á causar en su hasta entonces graciosa y fresca fisonomía, se colocó en las sienes unos parchecitos de hule negro, que al mismo tiempo que disimulaban el hundimiento, prestaban nueva gracia á su despejada frente cubierta de sortijillas.

Este nuevo adorno fué para la Sra. Mariscala un rayo de luz que vino, como hemos dicho, á confirmar sus sospechas.

Como que los parches eran insuficientes para ocultar el color violado de sus mejillas, empezó á quejarse de erisipela, acompañada de un constante dolor de cabeza muy ligero, que desaparecía siempre á favor de los parches de *tacamaca*.

Ninguna de las personas de la tertulia sospechó en aquellas insignificantes dolencias el menor fraude; pero la Sra. Mariscala que no comulgaba con ruedas de molino, recordó muy oportunamente, que apenas existe una mujer envenenada en la embriaguez (con muy raras excepciones) que no gaste parches y padezca de ataques de erisipela é histérico.

Que el señor cura era esclavo de la glotonería, se tenía ya olvidado de puro sabido, tanto en Albarradín como en Candás, donde los pescadores le habían bautizado con el significativo nombre de *tauron* (1).

Pero que su predilecta, su confidenta, su antigua favorita fuese víctima de la mas grosera de las pasiones, era un caso tan inaudito para la Sra. Mariscala, que tuvo impulsos de retirar á la Soberana toda su protección.

Luego, reflexionando que sus sospechas no estaban suficientemente garantidas, y sobre todo que la Soberana se presentaba siempre en su palacio serena, complaciente, sumisa hasta la bajeza, se resolvió á guardar un secreto que en nada la perjudicaba, que le daba nuevo ascendiente sobre su protegida á la que había siempre dominado por la golosina.

Doña María Escolástica de la Paz, aunque ninguna duda abrigaba ya acerca de la pasión favorita de su antigua doncella, quiso sondear hasta donde podía haberse equivocado en su atrevida suposición, y en la primera ocasión en que se encontró á solas con ella la interrogó resueltamente acerca de su dolencia.

Joaquina cayó en el lazo, y la aseguró que padecía de jaqueca y erisipela desde la época de su matrimonio; pero que la erisipela había sido hasta entonces mas cortés, dejando en salvo su rostro que ahora atacaba sin piedad.

La señora se ofreció al instante á enviar á buscar á Oviedo su médico favorito.

—Ay, señora mía! exclamó entre llorosa y com-

(1) Tauron: tiburon.

pungida la Soberana; toda la solicitud de V. S. se estrellaría contra un mal incurable.

—Incurable!

—Sí, señora, incurable; replicó Joaquina calándose el manto de velillo como si realmente se ruborizase al verse obligada á ultrajar la memoria de su marido. Incurable para *in eternum*, porque mi difunto (que Dios haya) tenía mas lacras que pollino de gitano. ¡Y como estas cosas salen con el tiempo!

La Mariscala guardó silencio por algunos minutos. En su buen juicio encontraba calumniosa toda suposición que tendiese á denigrar á un hombre que había sido toda su vida el tipo de la honradez.

—El histerismo ya es otra cosa, añadió Joaquina con tono lastimero.

—Cómo! ¿también padeces ataques histéricos? exclamó la Mariscala pudiendo apenas reprimir una ligera sonrisa.

—Ah! señora, respondió Joaquina bajando los ojos; desde el momento en que salí de palacio, no me he visto un día libre de esa terrible dolencia.

—¡Pero tú, tan joven, tan alegre....

—Sí! sí señora! y nunca me hubiera yo atrevido á explicarme si V. S. no me hubiera abierto el camino. ¿Pero cómo quiere V. S. que una pobre sacristana de antaño y una maestra de ogaño puedan soportar los gastos que requiere esta cura?

—Habla, Joaquina, habla; dijo con interés la Mariscala creyendo por un momento que se había equivocado en sus sospechas.

—Todos los médicos, señora, me han aconsejado que deje á un lado el agua, considerándola como un veneno para mis dolencias interiores.

—Y qué mas? preguntó sonriendo la Mariscala.

—Que use tan solo el agua mezclada con vino.... ¡Con vino, Sra. Mariscala! Yo, que nunca he podido tolerar la bebida! Y luego, que tome siempre al acostarme un sorbito de manzanilla ó anisete.... ¿Le parece á V. S. que el remedio es para pobres? Así es, que voy economizando las dos botellas que me envió V. S. el día de su santo, bebiendo solo algunas gotas y guardándolas como oro en paño.

La Mariscala la miró frente á frente, dudando todavía si arrancarle la máscara; luego volviendo á su primer propósito, encargó á Joaquina que se cuidase mucho, ofreciéndose á suministrarla al menos toda la manzanilla que necesitaba para su medicina nocturna.

El entusiasmo de la Soberana seguramente hubiera revelado su secreto aun á personas menos perspicaces que Doña Escolástica de la Paz. Sus ojos brillaban con un fuego extraño y sombrío á la vez, su boca prodigaba á la Mariscala los nombres mas halagüeños, y su rostro parecía animado por una llama interior que la sobreescitaba de una manera particular.

—Pero, hija, le decía con sorna la Mariscala; la cosa no es para tanto: aunque consigamos desterrar el histerismo, aun te queda la jaqueca y la eripela, que no es poco.

—Ah, señora! ¿y qué importan esas pequeñeces

al lado de los ataques de histérico? Bendita sea la liberalidad de V. S. que me vuelve la vida.

La Mariscala no quiso desperdiciar el omnímodo derecho que le daba aquella nueva flaqueza de su sierva, y encargó á uno de sus criados que acompañase á Joaquina, llevando al mismo tiempo un barrilito de manzanilla y una castaña llena de anisete.

La alegría que experimentaba la Soberana era tal, que bajó de un vuelo las escaleras y llegó á su casa mucho antes que el criado de la Sra. Mariscala, que se esforzaba en vano en seguirla.

Era día de fiesta y por consiguiente María Joaquina tenía la tarde por suya.

Aprovechándose de la ausencia del señor cura, que estaba cantando vísperas, dió un ochavo á un mendigo porque fuese á llamar á Elena para que la ayudase, y se preparó á sorprender al señor cura con una cena mucho mas opípara que de costumbre.

Elena vino al momento, ayudó á su tia á preparar una cena de abad, y se retiró á boca de noche llevándose una cazuelita donde nadaban unas cuantas piltrafas de pescado en el caldo de carne que había sobrado de la comida del mediodía.

La pobre joven reprimía á cada paso el gemido que pugnaba por escaparse de sus labios contraindidos.

Las piedras sueltas é irregulares de que están sembradas las calles de Candás, herían sin piedad sus delicados piés que asomaban por las roturas de sus destrozados zapatos.

Cuando el señor cura llegó á su casa, la Soberana corrió á recibirle, arrastrándole á toda prisa hacia el comedor donde flanqueaban la mesa el barrilito de manzanilla y la castaña del anisete.

D. Mendo echó el sombrero al aire prorumpiendo en vivas á la Sra. Mariscala, y ambos se sentaron á la mesa, con ánimo de hacer los honores en regla á los licores recién llegados.

En efecto, despues que hubieron devorado hasta las últimas migajas de aquel banquete, suficiente para media docena de personas, el anisete sucedió al manzanilla, y la sopa de vino y canela al anisete. Por aquella noche célebre, se olvidó la velada del palacio de Solís, y de libación en libación, era ya muy cerca del amanecer cuando el señor cura y la Soberana seguían cantando con báquico entusiasmo:

"Bebamos, bebamos,
del suave licor;
bebamos, bebamos,
á Baco y no á Amor."

Aquella noche ambos cedieron á la fuerza de la embriaguez, y cuando el nuevo sol penetró por las celosías del comedor, ambos dormían profundamente apoyada la cabeza sobre la mesa del festín.

Elena en tanto se había acostado sin cenar por dejar á su pobre madre las piltrafas que su tia le había dado para que cenasen ambas.

III.

LA VELADA DE LA SEÑORA MARISCALA.

Una voz.—Y en estilo campanudo
pareces un campanario.

Muchos.—Ja! ja! ja!

Todos.—Desde hoy debemos llamarle
al señor don Policarpo,
el maestro de capilla
don Zimbrano Campanario.

Muchos.—Ja! ja! ja!

(*Chistes de una velada en el siglo XVIII.*)

Doña María Escolástica de la Paz, hermana mayor del señor conde de Santarúa, era en la época á que nos referimos y apesar de haber ya cumplido medio siglo, toda una gran dama, que ejercía en Candas un poder casi absoluto, toda una mujer de mundo que sin salir del recinto de su palacio dictaba al alcalde todas sus disposiciones, desde las alcabalas que debían pagar las lanchas pescadoras, hasta el programa de la función del Cristo que con tanta pompa celebra todavía Candas el 13 y 14 de Setiembre.

Doña María Escolástica de la Paz, arrogante moza en sus buenos tiempos y convertida durante muchos años en educanda de un convento de monjas, por no sé qué travesuras que adivinara su austero padre el ilustre conde de Santarúa, se habia encontrado á la muerte de aquel dueña de un gran caudal, y libre para romper la valla que la separaba del siglo; pero con treinta y seis años á la espalda, guarismo aterrador que le hacia ver el mundo bajo un aspecto muy diferente del que soñaba en el claustro.

Como si el destino se empeñase en indemnizar con riquezas materiales el tesoro de juventud que Doña Escolástica habia consumido en el claustro, uno de sus tíos, gran maestre de Calatrava, falleció entonces en Oviedo, dejándola por heredera de sus cuantiosos bienes, incluso un hermoso palacio situado en la plaza de Candas, y que hoy lleva el poético nombre de "Doña Isabel de Solís" (1).

Queriendo entonces á toda costa vivir y gozar hasta donde le fuese posible, anhelando sobre todo verse mimada y rodeada de atenciones, Doña María Escolástica de la Paz abrió sus salones, (como diríamos hoy, y su *velada* como se decia entonces,) á la buena sociedad de Candas que se apresuró á instalarse en el palacio de Solís, agrupándose en torno de la Sra. Mariscala, que llevaba con impudente orgullo su pomposo título, debido tan solo á su intimidad, *in illo tempore*, con un mariscal de la comitiva de la reina Doña María Bárbara, esposa del rey D. Fernando VI en 1729.

Mujer sutil, aunque no de gran instrucción, estaba dotada de un claro talento natural, acompañado de un gran atrevimiento que lo suplía todo.

(1) Ignoramos el por qué de este título, pues el palacio en cuestión, pertenecía, si no nos equivocamos, á la familia de Muñiz del Valle, poderosa en la parroquia de Santa Eulalia del Valle de Carreño.

MARZO.

Cortada realmente para reinar, ejercía una gran preponderancia sobre toda su familia, incluso su señor tío el Illmo. Sr. Obispo de Oviedo, y en especial sobre su cuñada la condesa de Santarúa, santa mujer idólatra de sus hijos y laboriosa como una hormiga.

La Mariscala no salía de Candas mas que una vez en el año para ir á Oviedo á adorar la reliquia del Santo Sudario en la festividad del Apóstol San Mateo, que se celebra en aquella ciudad con gran pompa el 21 de Setiembre.

Doña María Escolástica de la Paz, era sin embargo una de las mujeres mas á la moda; encargadas de sus trages las mas aristocráticas modistas de Oviedo, rica en pedrerías, contando entre su servidumbre peluquero, camarera, numerosos criados y un anciano limosnero, observábase en el palacio de Solís una rigurosa etiqueta, y no habia ejemplo de que la Sra. Mariscala se presentase en el salon de la velada sin su gran traje de recepción, sin su elegante toupé salpicado de lazos y pedrería.

La Sra. Condesa de Santarúa, llevaba su viudez en el mas absoluto retiro, no saliendo de su sombrío palacio mas que para acompañar á sus hijas á la velada del palacio de Solís, á la que no dejaban nunca de asistir.

Para no salir nunca de día, oía toda la familia misa en el oratorio de la casa.

La Condesa que conocía muy bien todo lo que debia á su rango, habia dado á sus hijas una educación que en aquel tiempo pasaba por muy esmerada.

Las señoritas de Santarúa sabian leer, escribir, bordar en tapicería, tocar el piano, y sobre todo hilar perfectamente, labor entonces á la que se dedicaba siempre la velada.

De día ejecutaban las grandes damas esas prodigiosas obras, esos costosos tapices que admiramos todavía en algunos palacios de la aristocracia de sangre.

Eseusado es decir que todas las señoritas de Candas asistían constantemente á la velada de la Sra. Mariscala, así como el cura párroco, su ama, el síndico y la síndica, el alcalde y su hijo el jorobado, poetastro que para no ser nunca nada, habia nacido en la isla de Cuba; dos ó tres solterones de sangre azul y el anciano capellan de la Condesa que la acompañaba siempre, y que durante la velada echaba largos párrafos con el limosnero de la Sra. Mariscala.

Aparte de la familia del conde, que como hemos dicho antes, contaba en su seno un rebaño de doncellas á cual mas gallardas, habia tres señoritas que descollaban en la velada y en derredor de las cuales revoloteaba el jóven abate, que como excelente naturalista, hallaba en aquella trinidad femenina un vasto campo á sus observaciones.

(*Se continuará.*)

DEL SUBLIME CONSIDERADO ESTETICAMENTE.

La esplicacion de casi todos los fenómenos estéticos y de los efectos que sobre nosotros producen, se prueba en ser el hombre una amalgama de cuerpo y alma, de materia y espíritu.

Por las diversas aspiraciones de ambos elementos, ó mas bien por sus contrarias tendencias: por las sensaciones que producen sobre nuestros sentidos los objetos exteriores y por los sentimientos que despiertan en nuestra alma, se esplican fácilmente cuales son las causas, de tal ó cual deseo, de tal ó cual preferencia, no analizada todavía en aquel caso.

Fundados en este principio se ha convenido en llamar agradable al objeto que satisface el mero placer corporal, bello al que llena todas nuestras aspiraciones, y sublime al que abarcado únicamente por el espíritu, abruma al cuerpo por su inmensidad.

De modo que en la escala marcada por las diversas tendencias y modos de obrar de la intuición, hay tres puntos perceptibles de combinacion entre el alma y los sentidos, para formar lo agradable, lo bello y lo sublime, derivados todos de la mayor ó menor espiritualidad que despierta en nosotros la sensacion ó el objeto que se nos presenta.

El sublime, pues, considerado subjetivamente, es la impresion que nos producen los objetos exteriores que por sus especiales circunstancias, anonadan nuestras fuerzas físicas y elevan y engrandecen nuestra imaginacion y nuestro espíritu.

El sublime se manifiesta unas veces repentinamente, otras se engendra de lo bello por medio de una transicion brusca, y otras vá gradualmente transformándose hasta llegar á su punto máximo.

Si atravesando un paisaje árido y agreste, que nada dice á los sentidos, ni á la imaginacion, nos vemos repentinamente al borde de un inmenso precipicio, en cuyo fondo corre magestuosamente un río que cubre con sus ondas las enormes piedras que se desprenden de la montaña, tendremos un sublime no engendrado por ningun otro fenómeno estético.

Si colocados en la esplanada de una colina, lejos de toda poblacion, admiramos una hermosa puesta de sol, en medio de los cantos de las aves y del murmullo de la brisa, gozaremos de un espectáculo bello. Pero figuraos ahora que el sol se oculta, que el crepúsculo vá muriendo lentamente y borrando los contornos de los objetos, que las aves se retiran á sus nidos, que el viento arrecia hasta silbar entre los árboles y que ráfagas negruzcas de apiñadas nubes encapotan el cielo, y tendremos un sublime engendrado lentamente de un espectáculo bello.

Finalmente (y pasando á otra orden de cosas) suponed á un hombre que rico y en una posicion elevada busca á sus semejantes para curar sus do-

lores, abrir á la esperanza su corazon, darles consuelo con sus riquezas y cumplir en fin en toda su extension el precepto de Jesucristo "amaos los unos á los otros" y tendremos una belleza moral. Pero llega un dia en que ese hombre adornado con esas mismas cualidades y con esa ardiente caridad, se vé arrojado instantáneamente de sus dorados sueños y privado de sus riquezas: aislado en el mundo, lejos de su patria, mendigo y calumniado, sin familia y sin amigos, y sin embargo ese hombre sigue pensando mas bien en consolar á la humanidad que llora, que en calmar y dar salida á sus propios dolores, ¿quién al contemplar tal fuerza de voluntad no pasa bruscamente del sentimiento de lo bello al de lo sublime?

Y he aquí los modos de engendrarse el sublime y tambien sus orígenes ó manantiales. Segun los ejemplos anteriores la vaguedad en las formas ó su indefinible grandeza; la extension y la altura producen en el órden físico la sublimidad. Es decir, que la idea estética de que nos ocupamos se produce por la comparacion de magnitudes ó de medidas y por eso la designamos con el nombre de sublime matemático. En el órden moral y segun el último ejemplo notamos que comparadas igualmente la fuerza y la voluntad con cierta medida nos ha engendrado el sentimiento de lo sublime, y llamamos por lo mismo dinámica esta clase de sublimidad.

¿Y cuál es la medida que en la variedad de los fenómenos que nos presenta la naturaleza y en la inmensa gradacion de los actos del hombre, nos dá la seguridad suficiente para denominar sublime á tal ó cual fenómeno?

De lo dicho anteriormente y considerado naturalmente todo sentimiento como una relacion, debemos concluir que la sublimidad no existe en los objetos sino en nosotros mismos, y que por consecuencia la medida que buscamos está en nuestro cuerpo y en nuestra voluntad, son nuestra fuerza y nuestros medios de accion.

La gran extension es sublime porque la comparamos con la pequeñez y debilidad de la materia que nos sirve de vaso. La gran fuerza de voluntad es sublime porque hallamos á la nuestra perezosa y raquítica para seguir su rumbo y su hermoso camino.

De esta sencilla teoria, no reconocida por los que no consideran á la estética como ciencia, se desprenden los caracteres propios de lo sublime, que reducidos á los mas principales y distintivos podemos decir que sacó la abstraccion-repulsion que á su desarrollo se manifiesta en el hombre: la subjetividad: la imposibilidad de su poesia, por no prestarse al goce de los sentidos y su universalidad.

Con respeto á las bellas artes el sublime puede encontrar en todas su manifestacion. Supuestos sus caracteres naturales y de forma, es claro que el elemento objetivo y material de la arquitectura, escultura, pintura, música y poesia puede adaptarse á las condiciones de la sublimidad, y producir tal efecto en nosotros.

Pero entre las bellas artes hay unas mas dispuestas que otras, por su naturaleza, á llegar á la sublimidad.

La inferior en la escala de los elementos materiales, la menos espiritualizada de todas, la arquitectura, tiene grandiosos monumentos, que todas las lenguas, todas las edades y todas las generaciones han calificado de sublimes. Los arcos inmensos y las elevadísimas verticales producirán siempre ese efecto á la vista del hombre.

La música, diosa inmutable del corazon y lengua privilegiada del sentimiento, se presta tambien maravillosamente á la vaguedad de las melodías ó formas, á la indeterminacion de los pensamientos y á la fuerza de las emociones que el sublime requiere.

Las demás menos aptas quizá para este género, lo están mas sin duda alguna para la realizacion del tipo que constituye la belleza.

Jamás podrá la arquitectura competir con la escultura en la armonía del conjunto y de los detalles, y en el tranquilo placer que anuncia la belleza.

La arquitectura espresa mas ó menos que la escultura; pero casi nunca es igual. Por eso no hay en arquitectura un *Apolo* ni una *Venus*, ni en escultura unas *Pirámides* ni un *Escorial*.

Marcan mas estas diferencias en cuanto á las bellas artes, los caracteres distintivos entre lo bello y lo sublime.

A riesgo de repetirnos, diremos que estos caracteres diferenciales, se refieren principalmente al fondo, á la forma y al sentimiento producido.

Siendo Dios el fondo de todos los objetos, de la creacion entera y por consiguiente de toda idea estética, se nos presenta sin embargo en lo bello bajo el aspecto de bondad, sabiduría y armonía, en tanto que en el sublime nos abruma con su poder, fuerza y omnipotencia.

He aquí el *Fiat-lux* de la Escritura.

En cuanto á la forma ya hemos dicho que el sublime requiere la negacion de formas, ó al menos su vaguedad ó estension inmensa, indefinida, en tanto que lo bello encerrado en límites determinados y concretos permite al hombre apreciarlo en su conjunto y analizar despues todos sus detalles.

El sentimiento por fin varia de la tranquilidad al terror: del estado de armonía en nuestros dos elementos al de lucha y emocion.

Y he aquí como la ciencia estética ha comprendido en una teoría sencilla y llena por lo menos de verosimilitud los complejos fenómenos de comunicacion entre el mundo material y el espiritual: entre la representacion de la tierra y la emanacion del cielo.

Si la verdad absoluta no existe para el hombre: si muchas veces la verdad relativa se oculta bajo el velo del error, no debe sin embargo desconocerse nunca el trabajo del hombre científico, que como el fundador ó creador de la estética busca la explicacion satisfactoria de alguno de los muchos fenómenos que el hombre observa todos los días sin comprenderlos.

Por eso la estética será siempre, si no una ciencia verdadera al menos una bella ciencia.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

LA FAMILIA.

He leído los *Cuentos de color de rosa* de Trueba y siento menos mis penas, porque las he confiado á mis lágrimas.

¡Qué dulce es el llanto cuando los labios de una mujer querida le recojen como gotas de rocío!

"Bendita sea la familia!" ha dicho Trueba.

Bendita la esposa! bendita mil veces la madre!

El amor de la mujer pura, santifica cuanto toca.

Porque el corazon del que la llama *su amor* responde siempre con igual fuerza á sus latidos.

Son dos cabezas para un pensamiento: dos lenguas para una palabra: dos almas para un cielo: dos cuerpos para un sepulcro.

Un ángel viene á interponerse entre las dos mitades de este ser.

Y sobre su inocente cuna hay cuatro amantes ojos que espian todos sus movimientos y deseos.

Cuatro ojos que leen en una frente sin pensamientos los que mutuamente acarician: en un semblante inmóvil, la misma sonrisa ó el mismo llanto: en un aliento imperceptible la misma oracion á Dios.

Creacion sublime de nuestra religion! Madre de las madres! escucha la súplica que desde el fondo de este abismo te dirige mi espíritu.

Yo tengo una madre cariñosa y tierna que infunde en mi pecho la esperanza, cuando empieza á entregarse al desaliento.

Yo tengo un padre que oculta entre sus manos las lágrimas al oír alguno de mis insignificantes triunfos.

Ellos han vivido muchos años para mí: tantos años que sobre mi frente no resplandece ya el sencillo orgullo del adolescente, ni los primeros sueños de la juventud: tantos años que sus cabezas empiezan á recojer la nieve de los dolores y del respeto.

Y yo he vivido entre tanto solo para mí, moviéndome pesadamente como el caracol dentro de su concha.

Y he pedido neciamente á Dios placeres y riquezas y felicidad, porque creía que era el mas desgraciado de los hombres.

¡Y sin embargo me echaba todos los días mi padre la bendicion, cuando desaparecia de su vista!

¡Y sin embargo mi madre velaba al lado de mi lecho cuando el dolor agotaba mis fuerzas!

¡Bendita sea la familia que nos enseña la hermosura del sol, rey del cielo; que hace abrir solo para nosotros el cáliz de la flor y nos arroja su aroma delicioso!

¡Bendita sea la familia que nos enseña las delicias de la vida oscura y tranquila del doméstico hogar!

Permíteme, pues, Madre de las madres, que viva mucho tiempo para los que vivieron por mí: que pueda secar sus lágrimas como ellos secaron las mías: que pueda adivinar sus pensamientos como ellos adivinaron los míos: que pueda mirar oculto la sonrisa de orgullo que animara sus labios al pronunciar mi nombre!

El hombre, para ser feliz, debe pasar toda su vida entre las caricias y el amor de dos mujeres: madre y esposa: el árbol que ya fructificó y el que empieza á abrir sus flores; el río que va á confundirse en el mar y la fuente que mana.

Media vida para la familia que pasa, otra media para la que empieza asomando en la escena.

Pero apenas anuncian nuestros ojos que el alma despierta del largo sueño de la niñez, cuando nuestro pensamiento sueña con un ángel de amor, fantasma que ha de realizar nuestra misión en la tierra.

Y dedicamos á este sueño querido nuestros sentidos y nuestra inteligencia, y nuestras penas, y nuestras alegrías, y nuestros insomnios.

Por eso es preciso que despues que el sueño esté realizado, paguemos al amor de nuestros padres la deuda que contragimos al robarles tan gran tesoro de tiempo y de cariño.

Padre! madre! nombres de oro sobre los que ningún escéptico se ha atrevido á escribir la palabra *egoísmo*.

¿Dónde hallar poesía sin la poesía de la familia y del amor?

La felicidad es una quimera para los que se burlan de sus goces, porque se van separando de ella, á medida que se desprenden de los brazos que los aman, para correr tras los placeres del gran mundo.

Si tienen familia y son escépticos, es porque su corazón está vacío de sensaciones, muerto para el amor y sordo á la voz de la razón. El espíritu ha cedido su puesto á la materia, y necesitan regenerarse para alcanzar el perdón de sus locuras.

Si por el contrario no han oído nunca en el mundo mas que voces extrañas, que han sonado siempre rudas y huecas en sus oídos, tienen razón en quejarse y dudar. Su espíacion, anticipada, les abre las puertas de una vida sin límite, cuando vuelven á Dios sus ojos medio cerrados.

¡Hijos que dormís en el regazo de vuestras madres! ¡padres que os sentís felices porque teneis hijos! ¡llorad por los pobres huérfanos y desamparados, para que los átomos de vuestras lágrimas y los ecos de vuestras oraciones, vayan á depositarse en su pecho y á darles la fé que necesitan.

Porque los padres son para la vida lo que la armonía para la música, el calor para la luz, las olas para el mar y el brillo para el oro: al mismo tiempo movimiento, fuerza, forma y belleza: en un mismo ser amor, energía, placer y sufrimiento.

Ah! bendito mil veces el cielo, si despues de muchos años, muchos años, recibimos de las manos ya trémulas y venerables del anciano, que un día nos alzó en sus robustos brazos llamándonos sus hijos, la bendición que colmará nuestra felicidad.

Bendita mil veces nuestra fortuna, si cualquiera que ella sea, podemos oír entonces una hermosa palabra de cariño en la boca que secaba nuestras lágrimas al nacer, y estrechase en un tierno abrazo en el seno que nos alimentaba.

Benditos mil veces nuestros dolores si sentimos un instante el placer de arrodillarnos ante aquella bendición y ante aquel abrazo, teniendo sobre los hombros el rostro angelical de la compañera de nuestra peregrinación en la tierra, y entre nuestros brazos las juguetonas cabezas de los que todo lo esperan de nuestro amor.

¡Qué importan los sufrimientos cuando la fé hace sonreír á la desesperación!

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

HOJAS DEL CORAZON.

Páginas de "Julia la hija del Pescador."

I.

Era la noche.

La belleza y la magnificencia reinaban en los vastos desiertos del cielo.

La luna llena, medio oculta en un grupo de nubes blancas como los velos de las vestales, derramaba esa dulce melancolía que tan grata es á los corazones sensibles. Sus rayos rielaban en el mar, sosegado como el sueño de la joven enamorada que sonríe al estrechar contra su púdico seno el ramo de flores de naranja que en don de sus amores la ofreciera el querido de su corazón.

II.

Aquella noche me sentí inquieto como si esperase algo desconocido.

Arrastrado por un secreto impulso dirigíme á orillas del mar.—Siempre me ha agradado hallarme á solas con la naturaleza. Siempre he buscado en mis paseos solitarios los lugares en que el corazón puede oír las armonías de la soledad sin temor de ser sorprendido por mirada alguna. Siempre me ha sido grata esta soledad, este desierto de aislamiento.

La brillantez del cielo, la pureza del ambiente, los suspiros suaves y quedos de la brisa, el murmullo de las olas, el lejano canto de los pescadores, las voces desconocidas que durante la noche murmuraban misterios aun mas dulces que las salvajes armonías desprendidas de la profundidad de los boques; todo, todo abismaba mi corazón en secreta languidez.

Apoyado el codo en la muralla, descansada la frente en mi mano, contemplaba la magnificencia del cielo y la magnificencia de las aguas, lamentando la ausencia de los árboles de la patria: tal, una virgen apoyada en la tumba de su amante, en noche de luna, llora con las armonías del dolor, á

la hora del silencio y del misterio, sus desvanecidos ensueños.

III.

¡Cuántas veces he acudido á ese sitio á la caída de la tarde para pedirle lágrimas y reminiscencias!

¡Cuántas veces reclinado en esa misma muralla, hablando de mi país á las aves de paso y á las nubes fugitivas, he visto ponerse el sol que parecía oscilar en medio de un fluido de oro!

¡Cuántas veces á la melancólica hora del crepúsculo vespertino he dirigido un suspiro en alas de la brisa á la verde isla en que se abrieron las flores de la primavera de mi corazón!—¡Cuántas veces con los ojos fijos en el astro diamantino he gustado la mas dulce de las tritezas:—la de la ausente patria!

¡Ah! ¡Si melancólicos son los rayos de la luna sobre la tumba de la mujer amada, melancólicos son tambien cuando á su resplandor traemos á la memoria la tierra natal!

—¡Cuán dulces, empero cuán desgarradores son estos recuerdos!

IV.

Aquella noche me hallaba en una de esas situaciones en que queremos regenerar nuestro ser, pidiendo al cielo nos purifique con las lágrimas de sus ángeles.

Los misterios de la soledad aumentaban mi melancolía, que yo me complacía en alimentar.—La soledad suspiraba todo lo que el amor encierra de mas tierno.

Mi corazón á semejanza de una flor de montaña parecía elevarse al cielo para ofrecerle sus perfumes.

Vagando de meditacion en meditacion, de recuerdo en recuerdo, pasaron insensiblemente las horas de la noche.

V.

Al rumor de las olas medité sobre la caída de los imperios, sobre lo efímero de nuestra existencia, sobre los sueños mentidos del hombre, sobre la inestabilidad de los destinos de la tierra.—Recordé á mi patria, á mis allegados, á mis compañeros de colegio, á Julia, la hija del pescador, la virgen de mis primeros amores, hermosa como el desierto con todas sus modulaciones, con todas sus brisas.

VI.

El canto del gallo anunciando la media noche me apartó de aquel lugar.

Arreglé mis cabellos húmedos por el rocío de la noche y desordenados por la brisa que oreaba mi frente.

Maquinalmente, dirigíme con lento paso á mi cuarto abstraído en el confuso tropel de mis pensamientos.

Las calles estaban desiertas.

Todo yacía en calma.

Nada turbaba la imponente tranquilidad de la noche.

La ciudad dormía.

Mis pisadas resonaban en medio de aquel silencio solemne y profundo.

Al considerar tal mutismo, tal sosiego, creí por un momento que me hallaba en una ciudad inhabitada y que yo era un fantasma escapado de la tumba, que vagaba entre ruinas deplorando el extravío de los hombres.

La ciudad parecía un inmenso panteon, cada casa un mausoleo, cada lecho una tumba.

VII.

Una vez en mi casa, subí al terrado y contemplé otra vez la magnificencia del cielo y del mar.—Los afligidos buscan siempre horizontes dilatados, horizontes de soledad, de silencio y de recogimiento.

La luna iba desplegando franjas de nácar y de zafir: su pálida luz lo inundaba todo.—La isla cadicense parecía envuelta en un velo de gasa trasparente y brillante.

En lontananza distinguíanse las velas latinas de las lanchas pescadoras que parecían cisnes y garzas blancas nadando en un inmenso lago.

Ni una nube jaspeaba el cielo esmaltado de diamantes azules.

VIII.

En medio de este reposo solemne mi corazón oía el murmullo de la creacion.

Mis labios murmuraron una plegaria.—Nunca la oracion partió mas directamente de mi pecho.

¿Cómo pintar lo que sentí en aquellos momentos? ¿Acaso es definible lo inesplicable?—Entonces me convencí que el hombre es impotente para describir las bellezas de la naturaleza, las emociones que lo hermoso y lo sublime inspiran al corazón.

IX.

Súbitamente, llegaron á mis oídos las lejanas armonías de una flauta.

¡Ah! ¿Habeis escuchado alguna vez en el silencio de la noche á la claridad de la luna, los acordes de la música? Si yo hubiera sido poeta, habria acompañado con mi laud aquella lejana armonía que llegaba hasta á mí entre los perfumes de la noche. Los sonidos de mi laud hubieran imitado los acentos dolorosos y melancólicos de la virgen enamorada que pierde al querido de su corazón y los suspiros suaves y tristísimos de las brisas de la tarde que se quejan entre las lánguidas ramas de los sauces del desmayo.

Yo estaba profundamente conmovido.

Aquellas simpáticas notas me parecieron los blandos susurros de las brisas en las fibras de los pinos de mi patria.

Apoyé la frente en una almena y derramé mu-

chas lágrimas, perlas del corazón consagradas á la tierna memoria de mi tierra natal. Mis lágrimas no tenían testigos: corrían puras y tranquilas. El viento de la noche las secó en los bordes de mis labios: la luna las recogió tal vez en sus rayos para derramarlas por la madrugada convertidas en líquidas perlas sobre las hojas de las flores.

X.

Al alborear el día bajé á mi cuarto.
Abrí la ventana por la que entraron las frescas brisas de las primeras horas y al resplandor de la lámpara, compañera de las enfermedades, de la desgracia, del estudio y de la meditación, escribí, llorando, estas páginas en mi libro de memorias, cuyas hojas son las hojas de mi corazón.

JULIO ROSAS.

UN RECUERDO.

En medio de esta paz tan lisonjera
Que nunca turba doloroso invierno,
No sé por qué de mi alma se apodera
Siempre un recuerdo pesaroso y tierno.

Un recuerdo tan grato como triste,
Que convida á llorar, pero no abruma,
Un celeste recuerdo que se viste
De aromas, de celajes y de espuma.

Que trae de un bosque la amorosa sombra,
Que trae de un río el cariñoso ruido,
Cuyo rumor dulcísimo me nombra
Algun pasado que me fué querido.

No sé si es sueño; pero entonces creo
Conocer el murmullo de la ola,
Y entre sus ramas levantarse veo
Mi casita de guano blanca y sola.

¡Oh mi verde retiro, quién pudiera
Ver otra vez tus deliciosos llanos,
Y quién bajo tus álamos volviera
Como ántes á jugar con mis hermanos!

Y ver mi lago de color de cielo
Donde yo con mis pájaros bebía,
Mi loma tan querida, mi arroyuelo,
Mi palma verde á cuyo pié dormía.

Mis árboles mirándose en el río,
Mis flores contemplando las estrellas,
Mis silenciosas gotas de rocío
Y mis rayos temblando sobre ellas.

¡Oh! mi casita blanca, recordando
El tiempo que pasara sin congojas,
Viendo correr el agua y escuchando
El ruido cariñoso de las hojas,

He llorado mil veces; que allí amaba
Una rama de tilo, un soto umbrío,
Un lirio, un pajarillo que pasaba,
Una nube, una gota de rocío.

Y aquí no se ama nada, el egoísmo
Cerró del alma el celestial tesoro;

Nadie se quiere aquí sino á sí mismo,
Nadie ama mas que el resplandor del oro.

Aquí se ríen si amorosa digo
Que amo mis avecillas y mis flores,
Dicen que no hay afecto en el amigo
Y que no hay inocencia en los amores.

Empero eso es aquí, no en ese mundo
De verdes copas y de verde alfombra,
Donde se olvida su esplendor fecundo
De los árboles densos á la sombra.

Músicas oigo aquí que el alma dejan
Absorta de placer por lo armoniosas,
Pero músicas ¡ay! que no se quejan
Como allí se quejaban mis tojosas.

Aquí hay luces de gas ricas y bellas
Cuyo brillo es ardiente y luminoso,
Pero no hay como allí tibias estrellas
Que alumbren en silencio misterioso.

Aquí hay bellas mujeres que en las fiestas
Vierten de gracia y juventud aromas,
Mas que yo no las hallo tan modestas
Como allí eran modestas mis palomas.

Aquí hay hombres ilustres que aunque llenos
De altos conocimientos peregrinos,
No son tan generosos ni tan buenos
Como allí los sencillos campesinos.

¡Oh mi verde retiro, quién pudiera
Ver otra vez tus deliciosos llanos,
Y quién bajo tus árboles volviera
Como ántes á jugar con mis hermanos!

LUISA PEREZ DE ZAMBRANA.

REVISTA DE LA HABANA.

Coronación de la Avellaneda.—Liceo.—Gran parada.—Gossthalk.—Universidad literaria.—Noche Buena.—Casamientos.—Nacimientos.—Loterías.—Los condes de S. Antonio.—Noticias literarias.—Día de Reyes.—Teatros.—Invierno.—Donativos patrióticos.

—“Yo también tengo mi collar de perlas, forrado con las lágrimas que he hecho derramar,” decía una coqueta.—“Si, le contestaron, pero esas lágrimas no se convierten en perlas finas sino cuando son recojidas en los versos de un poeta. Las vuestras duran solo una mañana.”

Cuba, feliz como la Laura de Petrarca que ciñó á su cuello un collar de perlas inmortales, tendrá también su corona de diamantes para colocar en las sienas de su Tula. La madre orgullosa con la vuelta de la hija dió al aire sus acentos de bienvenida, llenó el espacio de frases de ternura y sus hijos poetas van recojiendo estos acentos, van ordenando esas frases para formar la corona. La corona será digna de Cuba y digna de la Avellaneda.

Así se espresa el periódico oficial del Liceo de la Habana al anunciar la ovación que prepara el Instituto científico, artístico y literario de este nombre á nuestra ilustre hermana, la laureada Avellaneda,

famosa autora de *Baltasar*.—El acto de la coronación de la eminente poetisa cubana será espléndido, muy espléndido. La fecha de este día ocupará la página mas bella de nuestra literatura.—La esposa del general Serrano colocará en las sienes de la Avellaneda la corona que le consagra el Liceo de la Habana. Italia coronó al Tasso, España á Quintana, Cuba corona á la Avellaneda.

Segun vemos en la Memoria presentada por el director del Liceo de la Habana á la Junta general de Secciones, los gastos de este Instituto en el año que acaba de transcurrir suman 17.698 duros, incluyendo en esta cantidad 1.300 duros valor del piano nuevo y 4.428 duros importe del alquiler de la casa.—Nuestro Liceo celebra todos los años Juegos Florales y cede sus salones en beneficio de los artistas mas distinguidos que llegan á este apartado rincon de las florestas americanas.

El Capitan General Serrano ha pasado revista á la fuerza armada de esta ciudad. Asistieron á esta gran parada 10.000 hombres entre los cuerpos de la guarnicion, los voluntarios, el regimiento de Milicias disciplinadas de la Habana y el batallon de bomberos. La línea ocupaba toda la alameda del general Tacon, desde el campo de Marte hasta el pié de la colina que domina el castillo del Príncipe. El conde de S. Antonio vestido de gran uniforme y seguido de un lucido Estado Mayor pasó revista lentamente y descubierto. Luego recorrió toda la línea á galope y colocándose á la derecha de la estatua de Isabel Segunda dando frente al gran teatro, presencié el desfile que se verificó en columnas de mitades.—Era uno de los mas bellos dias de invierno: la temperatura deliciosa: el cielo límpido y sereno: la brisa fresca y agradable agitaba los penachos ondulantes y hacia flamear las banderolas.

—Nuestra hermosa compatriota la condesa de S. Antonio, esposa del General Serrano, se presentó en el lugar del desfile en una elegante carretera á la Daumont. La bella cubana llevaba trage de seda de grandes cuadros azules y blancos, con una estrella en el centro de cada cuadro del color opuesto: chal de encage blanco y capota blanca con florecillas de color de coral.—*El jockey* vestia calzon de punto blanco y bota de campana con espuela, chaqueta de terciopelo azul con hombreras tambien azules. Los lacayos vestian calzon encarnado, media de seda y casaca de paño blanco con galones de oro, cuello y bocamangas del mismo color que el calzon.

El gran pianista anglo-americano Gosstchalk ha dado en el Liceo de la Habana un concierto brillante, espléndido. Pocas veces se ven reunidos en un concierto notabilidades como las que la sociedad escogida de la Habana ha admirado en la noche musical á que nos referimos.—Gosstchalk, Josefina Cruz, José White, Nicolás Espadero, son los nombres de estas cuatro notabilidades en el divino arte de las armonías: dos pianistas, una cantatriz,

un violinista. Josefina Cruz, la reina del canto, fué ruidosamente aplaudida, como asimismo el joven cubano Espadero. El eminente pianista anglo-americano Gosstchalk y el eminente violinista cubano José White arrebataron á la concurrencia. Ambos eran escuchados en dulce éxtasis. ¡Qué melancolía! ¡qué sentimiento! ¡qué brio! ¡qué ejecución!—Los recuerdos de esta espléndida noche musical se conservarán mucho tiempo entre nosotros.

La Universidad literaria de esta capital ha pagado una deuda de amor y veneración á la memoria de un benemérito patricio, de un ilustre médico cubano cuya muerte inesperada es una desgracia pública en la Habana; el Doctor Angel Cowley, decano de la facultad de medicina, Vice-Rector de nuestra Universidad y catedrático de terapéutica y materia médica.—El Doctor Oliva que ocupa la cátedra que dejara vacante su distinguido antecesor leyó ante los catedráticos y alumnos reunidos en el Aula Magna, la biografía de Cowley. Terminado este merecido elogio, los estudiantes de medicina colocaron el retrato de nuestro querido maestro en la cátedra que este ocupó por tanto tiempo.—El joven médico D. Rafael Cowley que se hallaba presente al acto, obtuvo una honrosa distinción: fué invitado por el Rector á tomar asiento entre los catedráticos compañeros de su respetable padre.

El entierro de este ilustre médico ha sido uno de los mas lucidos de la Habana. En el numerosísimo cortejo compuesto de lo mas notable que encierra esta ciudad en saber, riqueza y posición social, veíanse los delegados de todas las corporaciones. Iban al frente los alumnos del colegio de Humanidades con moña negra en el brazo izquierdo. A estos seguian los seminaristas con la beca cubierta en señal de luto, y en seguida los estudiantes todos de la Universidad con la cabeza descubierta, en traje de riguroso luto, el ilustre claustro de la misma precedido de los maceros y las demás corporaciones. Ciento cincuenta carruajes escoltaban el carro fúnebre.—El cadáver fué conducido en hombros por los estudiantes de medicina hasta la capilla de la Universidad, no habiendo sido llevado de la misma manera hasta el cementerio como estaba dispuesto porque no lo permitía el tiempo lluvioso. El entierro ha sido digno del ilustre médico y digno de la Habana.

La Noche-Buena, esa célebre noche que en toda la cristiandad se conmemora de una manera expansiva y bulliciosa, ha sido celebrada entre nosotros con alegres fiestas de familia. ¡Qué bella es esta tradicional costumbre! La noche estaba fria y oscura: no obstante, en las calles de la Habana hubo un movimiento extraordinario, las iglesias estuvieron completamente llenas. El contento y la cordialidad reinaba en todas partes, la alegría animaba todos los semblantes. Todo era gozo y algazara. ¿Y qué cosa mas natural? ¿Qué familia por pobre que sea no celebra la Noche-Buena. Las campanas de las iglesias con alegre clamor anunciaban el nacimiento del hombre Dios. En la iglesia

de Belen se cantó á toda orquesta la magnífica misa del maestro Villalon, cantándose al principio y al fin de la misa una preciosa pastorela y los villancicos. Oíase en las calles la gaita del gallego, la guitarra y la pandereta del andaluz, las canciones de Noche-Buena y las carcajadas de la mas expansiva alegría; y en todas partes se oía el ruido de los platos, el choque de las copas, el ruido de las botellas al destaparse. En todas partes se reía, se cantaba, se bailaba, se comía y se bebía; en todas partes se contemplaban dulces cuadros de fiestas de familia.

El invierno en la Habana, como en casi todos los paises, es la época del año en que se verifica mayor número de casamientos. He aquí porqué los griegos llamaron á Diciembre el mes de las bodas con la misma propiedad que llamaron á Abril el mes de los canastillos de rosas. Muchos son los novios que en estos dias se han acercado al altar, radiantes de amor y felicidad, para dar su mano y su nombre á las queridas de su corazon, al ángel de sus amores. Muchas son las vírgenes que han adornado su frente con los azahares de la corona nupcial y se han prendido en sus hombros el blanco velo de las desposadas.—¿Serán felices? es la pregunta que nos hacemos todos: el hombre pensador y filósofo y el hombre sencillo y poco reflexivo, al dirigir las miradas á los desposados. Y sin embargo, el corazon noble y generoso los envidia y desea trocar su vida de soledad por las dulzuras del matrimonio que sin disputa es la vida mas hermosa, la que mas se acerca á la felicidad. Y digo esto último, porque si la felicidad consiste en la union de dos corazones confundidos en los mismos pensamientos, la felicidad está en el matrimonio, porque en el matrimonio gustamos las delicias de ser padre y hallamos á nuestro lado un ángel que nos ama, que recoge en sus labios las gotas de nuestro llanto, que nos sonríe y nos acaricia y nos vela insomne sentada á la orilla del lecho de las enfermedades sosteniendo entre las suyas nuestra mania calenturienta, y cuando suena en el reloj del tiempo la hora de nuestro infortunio, se sienta á nuestro lado en el banquete de la desgracia y bebe en nuestro mismo cáliz el vino de las lágrimas y endulza el pan del dolor con una gota de bálsamo desprendido de sus ojos y formada en su corazon, descansa nuestra cabeza en su seno, cubre nuestro rostro con sus cabellos, nos presenta la ambrosía de la esperanza en copa de oro, y si es preciso nos acompaña hasta el ostracismo y llama á la puerta del extranjero y pide para nosotros un puesto en la lumbre y el pan y la sal de la hospitalidad.

Un triste recuerdo viene á mi memoria al hablar de los casamientos verificados estos dias. Aun no hace un mes que una linda habanera de catorce años me dió la noche de sus bodas en ofrenda de amistad uno de los ramitos de azahar que adornaban su cabellera negra y brillante como el ébano bruñido.—Si el tiempo que estamos enamorados es la imagen de la felicidad, el matrimonio es la felici-

dad misma, dije yo aquella noche á su gallardo esposo. Ay! que breve ha sido esta felicidad para mis queridos amigos.—Apenas hace diez dias hácia la caída de la tarde ví á la hermosa Adelaida lánguidamente apoyada en el brazo del querido de su corazon, paseando por la calle de pinos en que termina la alameda del general Tacon, al pie del castillo del Príncipe. El viento del crepúsculo murmuraba quejidos aéreos en las fibras de los armoniosos pinos.—La pobre Adelaida estaba lánguida y decaída como una planta del mes de las nieves. Su palidez indicaba la enfermedad que la consumía. La muerte proyectaba ya su sombra sobre aquel simpático semblante. El color de rosa de los últimos vapores de la tarde, reverberaba en su traje blanco, en sus hombros desnudos y en su lindo rostro. ¡Qué bella estaba así! Parecía el ángel de la melancolía; parecía uno de esos genios fúnebres que vemos esculpidos llorando sobre las tumbas.—Cuatro dias despues mi amiga ya no existía. El ángel de la muerte batió las alas en torno de Adelaida y arrancando de sus manos las rosas nupciales frescas aun y apagando las antorchas del himeneo, trocó estas por las teas funerarias y aquellas por la flor amarilla de los muertos. ¡Pobre Adelaida! Morir tan jóven, cuando contemplaba un panorama dilatado, en risueña perspectiva, la serie de dias venturosos que iba á pasar al lado de su esposo. Creo verla aun, la noche de sus bodas, vestida con trage de tul blanco guarnecido de encajes, prendido en sus blancos hombros rico velo de punto de Inglaterra.—¡Pobre amiga mia, que soñaba con rosas y azahares y á quien solo un ramo de pensamientos y siempre-vivas pueden ya ofrecer los que nos llamábamos sus amigos!

Tambien ha muerto el hijo del conde de Mirasol poco tiempo despues de haberse enlazado á una graciosa habanera.

El tradicional nacimiento, tan propio de estos dias, atrae mucha gente á las casas donde se exhibe. Los niños especialmente acuden en gran número rientes y gozosos á ver las florecillas, los pájaros, los arbolitos y las bonitas figuras de cera que adornan estos lindos cuadros que conmemoran el nacimiento de Jesucristo en el portal de Belen.

La administracion de la lotería de la Habana ha publicado el estado general de los productos de la Renta: del beneficio que ha tenido esta en los 19 sorteos que se han celebrado en el año que acaba de transcurrir. El valor de la venta de los billetes asciende á 8.560,000 duros de cuya suma corresponden al gobierno por su cuarta parte, deducidos los gastos, una utilidad líquida de 2.031,006 duros. Los productos líquidos del Erario desde 1838 á 1859 asciende á la considerable suma de 17.633,396 duros.

Los premios que han obtenido los billetes en Matanzas, la linda ciudad de los dos rios, componen el total de 664,000 duros. En verdad que las personas que juegan la loteria en la vecina Matanzas no tienen motivos para quejarse de la fortuna

pues entre ellos ha caído tres veces durante el año pasado los 100,000 duros, que es el premio mayor, dos veces los 50,000, dos veces los 30,000, una vez los 15,000, dos veces los 10,000. El precio del billete entero en la Habana son 17 duros.

Los condes de S. Antonio han hecho una escursion á Trinidad. Esta escursion no ha tenido carácter oficial. La bella esposa del capitán general Serrano se ha apresurado á saludar á su familia y á su pintoresca ciudad natal, probando así que ama á los que llevan su mismo nombre y á los árboles que arrullaron con blando murmullo sus primeros sueños. Trinidad está situada en el departamento occidental á noventa leguas de la Habana.

La casa del Excmo. Sr. D. Mariano Borrell, donde residen las señoras y señoritas de Borrell; tías y primas de nuestra ilustre compatriota la condesa de San Antonio, sirvió de alojamiento al General Serrano. Los distinguidos huéspedes han sido espléndidamente festejados.

El 22 de Diciembre salieron de la Habana en un tren extraordinario del ferro-carril.

A las doce de la noche una salva de quince cañonazos saludaba la llegada del vapor que conducía al General Serrano y á su comitiva á la villa de Cienfuegos. Esta villa, vista de lejos desde el mar, en medio de la oscuridad de la noche, presentaba un cuadro fantástico. Cienfuegos estaba brillantemente iluminado y engalanado. La aduana semejaba un lindísimo castillo de fuego. Los cien hachones de viento que se veían en el muelle ondeaban caprichosamente sus rojos penachos al blando soplo de la brisa de la noche. Al día siguiente Serrano visitó los primeros establecimientos de la villa, dió audiencia pública, asistió por la tarde al banquete dado por el gobernador de la villa y por la noche al sarao verificado en los salones de la Filarmónica. El día siguiente asistió á la inauguración de un tramo de ferro-carril.—El 25 llegaron á Trinidad los distinguidos viajeros. Ese día fueron obsequiados con dos banquetes dados por el Sr. Borrell y por el Gobernador de la ciudad. El 26 se verificó el suntuoso banquete ofrecido por los hacendados cubanos. La linda condesa de S. Antonio llevaba traje de gasa blanca con guarnición verde esmeralda, corona de flores verdes, collar de brillantes y esmeraldas. Estaba bellísima.—El 27 se efectuó el baile ofrecido por los mismos hacendados. La ilustre condesa vestía traje blanco bordado de oro la sobrefalda, collar de perlas, riquísima diadema de brillantes. Estaba deslumbradora. Bailó el primer rigodon con al brigadier Primo de Rivera y luego una danza con un joven cubano. El 28 tuvo efecto el baile dado por el señor D. Luis Brunet. En la mañana de este día se sirvió un ligero almuerzo en el ingenio del Sr. Iznaga, concluido el cual la comitiva se trasladó en el ferro-carril á la quinta del opulento cubano D. Justo German Cantero. En el bonito arco que adornaba la entrada de la alameda de esbeltas palmas que conduce á la quinta se leía la siguiente inscripcion: "*La amistad y la esperanza os reciben.*" La her-

MARZO.

mosa casa de recreo del Sr. Cantero estaba espléndidamente decorada mereciendo particular mencion el gabinete de tocador adornado con rosas, el aposento destinado al Capitán General y la linda galería de entrada. El precioso salon de verdura construido en el centro del patio estaba ocupado por una estensa mesa en forma de herradura suntuosamente servida. Mas de doscientas personas tomaron parte en este banquete. Se pronunciaron diferentes brindis. Reinó la franca expansion de la mas cordial alegría. En seguida muchas lindas flores del Táyaba, (dice un corresponsal), que ostentan en sus retiradas orillas, las gracias de las hijas del Guadalquivir unida á la culta elegancia de la del Sena, bailaron esa misteriosa y seductora danza cubana, espresion mímica de la pasion pudorosa y naciente, y cuya música delicada y á la vez penetrante en el corazon, posee tesoros de armonías. Al retirarse los condes de S. Antonio pudieron leer la otra inscripcion que ofrecia el arco de la alameda de Palmar: "*Partís dejando amor y recuerdos.*"—El 29 el Sr. Borrell dió en su ingenio un espléndido banquete en obsequio de sus ilustres sobrinos los condes de S. Antonio, al que asistieron mas de cien personas.—El 30 partieron para la Habana en el vapor Rápido. La familia de la condesa y otras muchas personas se embarcaron en varios botes y siguieron con música hasta donde pudieron al vapor, cruzándose los vivos y saludos mientras pudieron alcanzarse.—En Cienfuegos fueron obsequiados con un banquete y un concierto.—El 31 llegaron á la Habana.—El 1.º de Enero dió el General Serrano un espléndido convite á los señores que formaban el Ayuntamiento de esta capital durante el año anterior. La bella condesa vestía traje de tul blanco con adornos verdes luciendo rico aderezo de deslumbrante pedrería, y su prima la señorita Borrell llevaba trage blanco con adornos de color de violeta.—El día de Reyes se verificó en palacio el convite oficial que ofreció el Capitán General á las autoridades, brigadieres y primeros jefes de todas las armas é institutos del ejército. La condesa vestía lindísimo trage blanco con grupos de rosas en la falda, collar de perlas y adornos de brillantes en la cabeza.—Nuestra elegante compatriota se capta las simpatías de todos por su hermosura y su esposo el General Serrano por su carácter afable y atento.

Album cubano de lo bueno y lo bello es el título del periódico de moral, literatura, bellas artes y modas que bajo los auspicios de la condesa de S. Antonio empezará á publicarse desde 1.º de febrero, dirigido por la célebre autora de Baltasar y de Alfonso Munio. Acompañarán á esta revista figurines, piezas de música y hojas para bordados. Figuran en la redaccion los nombres mas distinguidos de las señoras y señoritas que cultivan las letras en España y en Cuba.

El moro Muza, es el nombre del periódico burlesco que ha fundado en esta ciudad el escritor festivo Juan Martínez Villergas.

El Sr. Ferrer de Couto ha empezado á insertar

18

en las columnas de un diario de esta capital la "Historia de la administración de la España en el nuevo mundo desde su descubrimiento hasta nuestras días."

Se publican en la Habana cinco diarios: *El Diario de la Marina*, de grandes dimensiones, cuya tirada es de 11,450 ejemplares; *La Prensa*, *La Bolsa*, *La Gaceta*, y *El Eco del Comercio*.

Se publican además siete periódicos semanales: *La Habana*, *La verdad Católica*, *El Liceo*, *El Regañon*, *La charanga*, y *El Moro Muza*, estos tres últimos adornados con grabados y caricaturas.—Tres periódicos de la noche, *El Regañon Teatral*, *La Charanga*, y *El Entreacto*, que se venden en las noches de función en el átrio del gran teatro á 2 rs. vn. el ejemplar. También se venden en el mismo átrio libretos de las óperas, bustos y retratos de los artistas, y ramos de flores.—Se publican dos veces al mes *La Revista de Jurisprudencia*, y una vez al mes los *Anales de la Junta de Fomento y Sociedad Patriótica*.

En el año que acaba de transcurrir el Diario de la Marina ha dado á luz en el folletín una extensa novela de D. Juan de Ariza titulada: *Antes y Despues*, y una leyenda en verso del popular Zorrilla, *Historia de dos rosas y dos rosales*; el Eco del Comercio ha publicado *Anatomía del corazón*, novela de Teodoro Guerrero, *Lejos de la Patria*, novela de Juan Clemente Zenea, *Flor del Corazón*, *La tumba de las azucenas*, *Julia, la hija del Pescador*, *La joven Esmeralda*, *Memorias de un estudiante de medicina*, novelas originales de Julio Rosas.

En el mismo año se han publicado por entregas *La flor de los recuerdos*, colección de poesías de Zorrilla, *La vida en el chaleco*, por Villergas, *Lejos de la patria*, *Memorias de un joven poeta*, por Juan Clemente Zenea, *La tumba de las azucenas*, novela de Julio Rosas.

El día de la Adoración de los Reyes la Isla de Cuba se transforma en un país salvaje; tal es el cuadro rarísimo, extraño, extravagante que ofrece esta Antilla el 6 de enero. Este día como sucede todos los años en la misma fecha, nos quedamos sin criados, y hacemos todos un ligero almuerzo y una comida mas ligera aún; porque el 6 de enero pertenece á los negros que desde temprano se lanzan á la calle en confuso tropel, vestidos de todos colores, pintorreteados, adornados con cascabeles, cencerros, campanillas, penachos rojos, plumas de pavo real y collares de caracoles y de granos de maiz, formando con sus gritos, sus groseros atambores de madera, y sus monótonos cantares un ruido infernal, insoportable, que aturde, que ensordece. He aquí por qué llamamos á este día, *día de diablitos*. Reunidos en cuadrillas recorren los ámbitos de la población pidiendo el aguinaldo y bailando al uso de su país. Y cómo bailan? saltando, brincando, girando en todas direcciones, arrastrándose por el suelo, haciendo los gestos mas extravagantes, las contorsiones mas extrañas al compás de sus atambores y de sus cantares. Las

cubanas desde los balcones y las ventanas arrojan monedas de plata á estos hijos de los desiertos del Africa que se entregan frenéticos, delirantes, desenfrenados, á la mas loca alegría, como si quisiesen olvidar que son esclavos, y en cuyos cantos hay cierto fondo de tristeza indefinible. Las principales cuadrillas tienen un rey, una reina, un general y un capitán; reyes, generales y capitanes que transcurrido este día vuelven á lavar, á cocinar, á barrer el suelo y á ocuparse en los demás quehaceres de las casas de sus amos.

Hacia la caída de la tarde se retiran cansados, estropeados, con los trages hechos girones: los reyes, los generales y los capitanes, al llegar á las casas de sus amos abdican la corona y el manto y monarquía de un día, vuelven á ser lo que eran el día anterior: esclavos.

La compañía de ópera italiana continúa atrayendo una concurrencia inmensa á nuestro gran teatro. La empresa anuncia el cuarto abono. Restan aun el quinto y el sexto abono, los beneficios de los principales artistas y varias funciones extraordinarias.—Hé aquí los precios por función.—Una luneta y una entrada, 2 duros. Un palco con 6 entradas, 14 duros 10 rs. vn. Un sillón de tertulia y una entrada, 1 duro 4 rs. vn.—Josefina Cruz Gassier y Adelaida Cortessi son las primadonnas de esta compañía. Esta última es una gran artista y aquella vocaliza prodigiosamente, trina como un pájaro, posee una garganta de cristal.—El tenor Musiani que ha llegado de Europa se estrenó en el Trovador. Empezó á cantar la serenata con temor, cosa bastante natural porque lo mismo sucede á todos los artistas que pisan por primera vez la escena del teatro de Tacon; tan imponente es el cuadro que ofrece este magnífico coliseo, el primero de América. En el final del allegro del aria del tercer acto dió con limpieza y afinación el do de pecho. Este do de pecho ha alborotado á toda la Habana.—Se ha puesto en escena la ópera *Medea*, espresamente escrita por el maestro Paccino para nuestra prima-donna Adelaida Cortessi.

La compañía de zarzuela ha pasado á Matanzas. El primer abono de la zarzuela ha importado al empresario del teatro de Tacon 15,000 duros sin haber quedado ni una localidad disponible. Los precios de la zarzuela son tan altos como los de la ópera.

La excelente compañía de Cuadros sacros de Luis Keller sigue recorriendo las poblaciones de la isla.

La compañía ecuestre de Chiarini, que es la mejor de su clase que ha venido á la Habana, se presenta al público todas las noches en la gran tienda de campaña ó circo provisional que se ha construido frente al campo de Marte, inmediato á la fuente de la India. La venta de billetes produce á Chiarini diariamente 2,000 duros.

—Se aguarda en la Habana á Arturo Napoleón, gran pianista que está recogiendo en los Estados-Unidos excelente cosecha de aplausos y dinero.

En breve se exhibirán los perros y monos *sabios* que acaban de llegar á esta ciudad.

El europeo que haya pisado en diciembre la apartada orilla de estos mares, estoy seguro que habrá preguntado lleno de asombro si esta estacion es la del invierno ó la de la primavera.—Allá, en la vieja Europa, en este tiempo el cielo es sombrío, espesos nubarrones cruzan la atmósfera como manadas de errantes cuervos, el campo es triste, los árboles dan su último adiós á sus hojas arrastradas por el cierzo glacial, las noches son frias y lluviosas, el granizo azota los cristales, el agua se congela, el viento silba con desesperado empuje remediando en los corredores, en los campanarios y en las almenas de las azoteas roncadas carcajadas y lastimosos gemidos, la naturaleza en fin, se presenta melancólica como una jóven enferma.—Aquí, en la jóven Cuba, la naturaleza siempre está vestida de gala como la doncella que espera á su novio en día de fiesta: la verdura de estos campos es inmortal: la vegetacion en todas las épocas del año es rica, lozana, espléndida; el verdor es exuberante en toda la isla: el cielo de oro: siempre hay flores y frutas, siempre hay pájaros y mariposas: siempre hay brisas, murmullos y perfumes.—La europea cuando no vá al teatro ó á las tertulias pasa estas largas noche junto á la llama del hogar, vestida con telas de abrigo, con todas las puertas y balcones herméticamente cerrados: la habanera cuando no vá á la ópera pasa estas noches tocando el piano ó leyendo á la luz del quinqué, vestida con trages de flotante y vaporosa gasa, y con todas las puertas y ventanas de su casa abiertas de par en par, por donde entran la luz de la luna y la fresca brisa que vaga cargada con el aroma de las flores.

Ocuparia muchas páginas si hiciera mencion de los donativos patrióticos que se han hecho en esta isla para atender á los gastos de la guerra de Marruecos. Todos los pueblos de esta hermosa Antilla se precipitan á colocar su ofrenda en el altar de la patria. Cuantiosas sumas se han puesto ya á disposicion de este gobierno. Solamente el resultado de las funciones lírica y ecuestre verificadas á beneficio de los fondos de la guerra, asciende á 4,335 duros. El empresario de la ópera italiana renunció á los quinientos duros que tenia derecho á cobrar por el alquiler del gran teatro de Tacon.—Varios cubanos, llenos de entusiasmo, deseosos de combatir en las playas africanas contra las huestes musulmanas, han trocado el blando lecho, las comodidades y alegrías de familia por el grosero colchon, las fatigas y penalidades del soldado en campaña.—El Capitan General Serrano ha creado una junta en esta ciudad para reunir fondos para la guerra contra el imperio marroquí.

Quisiera decir dos palabras sobre el corte de las cañas de azúcar, quisiera ocuparme tambien de nuestras costumbres, de nuestro estado floreciente

y de otras cosas que darian mucho interés á esta revista, pero me he estendido demasiado.

JULIO ROSAS.

ESTUDIOS HISTÓRICO-CRÍTICOS

SOBRE LA

DECADENCIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.

ARTÍCULO SEGUNDO. (*)

El siglo de oro de nuestra literatura mantúvose en todo su brillo en el reinado de Felipe II, y adquirió superior durante el poco próspero de Felipe III. Una vista perspicaz, una crítica filosófica, hubiera descubierto la decadencia inevitable que, andando el tiempo, habia de convertirse en postracion completa y acabamiento. Falto el ingenio inventor de libertad para discurrir, excepto en limitado número de materias; casi desconocidas las ciencias morales y naturales, que comunican á la literatura influjo renovador, cuando el antiguo acaba, era casi forzoso que los autores se ocupasen en hacer variaciones sobre temas trillados, en amontonar hipérboles y en adelgazar los conceptos, no acertando con nuevas fuentes de que sacar inspiraciones nuevas.

Vióse pues el ingenio reducido á pequeño número de desahogos y el límite de las ideas circunscribirse á términos precisos. El genio podia ser dirigido, pero extinguido nunca; y necesario fué encadenar el pensamiento, á que tan aficionados se mostraron siempre nuestros gobernantes, siendo muchas veces don funesto los talentos y el ingenio. Por eso, se cree hoy que no podíamos menos de retrogradar, decaer, ó bregar y forcejear, convirtiendo la energía y la fuerza en hinchazon y violencia, los movimientos fáciles y nobles en contorsiones ridículas; estrañándose que hayamos podido sobresalir en géneros, cuyo carácter es la elevacion y la sublimidad, cuando se sustraian al imperio de la razon y del ingenio, casi todas las ideas, á que por su dignidad é importancia, están vinculadas aquellas calidades. La literatura no podia elevarse á la perfeccion, mientras que apenas podia ejercitarse sobre la historia, la legislación y la política, y fué necesario crear un mundo de autoridad y de rutina.

Felipe IV, nieto del gran rey que, bajo las bóvedas magestuosas de S. Lorenzo, daba audiencia á los conquistadores de la Europa, consumió entre bastidores—dice un publicista—y en los entonces deliciosos jardines del Buen-Retiro las noches de su vida, que hubiera empleado mejor bajo la tienda de campaña en las llanuras de Portugal, ó en la falda septentrional del Pirineo. El amigo de Que-

1 Véase la página 26.

vedo, de Velazquez y de la Calderona, figurábase sin duda que estaba dirigiendo los destinos de la culta Atenas, cuando en realidad rejía, ó debía rejir á la belicosa Esparta. Si acaso hizo algun bien á las letras y á las artes, la historia no se lo puede tomar en cuenta; porque mientras él cantaba en sus versos la gloria de la belleza, los clarines de los ejércitos franceses entonaban himnos de victoria en sus ciudades; mientras él tejía coronas de laurel á los poetas, Luis XIV se ocupaba en deshojar los florones de su espléndida corona.

El reinado del Cuarto de los Felipes, tan señalado por desastres políticos, no lo fué menos por nuestra decadencia literaria. Otro hombre, aun mas grande que él, no habria tal vez podido detener el torrente de las desgracias políticas, ni la invasion del mal gusto literario que caracteriza este reinado, bastándonos tan solo recordar que los mas grandes emperadores de Roma no pudieron sostener, por algun tiempo mas, el esplendor del siglo de Ciceron y de Virgilio. Y cuenta que el siglo de oro de todas las naciones ha sido seguido por el de los preceptistas, sucediendo al genio la insupportable é insípida pedantería.

Hemos anticipado ya en nuestro artículo primero los caracteres que presentó nuestra decadencia literaria en la época que vamos bosquejando, como la de Roma en la época de Lucano y como la de todas las decadencias literarias que cuenta la historia. La noble y magnífica sencillez de Granada, Leon, Mariana, Cervantes y Herrera, patriarcas de nuestra lengua, no satisfizo por largo tiempo á nuestros escritores que, descuidando las reglas que aquellos trazaron con su ejemplo, se arrojan sin freno en el vasto campo de la innovacion, contestando á los que proclamaban los antiguos preceptos ó consejos, que ellos no eran ni griegos, ni romanos, sino españoles; y á tal aturdimiento se llamó audacia, libertad á la licencia, y genio individual á los desaciertos emancipados.

Nuestra poesía erudita, modelada ora sobre la latina, ora sobre la hebrea, ora sobre la provenzal y ora sobre la italiana, no habia sido original, adoptando los verdaderos caracteres nacionales, y esta imitacion—no hay motivo para ocultarlo—dió á la poesía lírica los caracteres de armonía y belleza que hoy tanto nos admiran, y el habla castellano y el lenguaje poético ganaron mucho, llegando á la mayor perfeccion posible. Una poesía, falta de originalidad y patriotismo, que no habia cantado los heroicos hechos y las empresas gloriosas de esta magnánima nacion que dictó leyes al mundo, natural era que sufriese el castigo á que la hizo acreedora su inexplicable apatía, llegando á punto de manifestarse ya enteramente estéril; y cuando, queriendo recobrar nueva vida, hizo un esfuerzo para salir de su abandono, erró los medios, dándonos á conocer en su delirio otra escuela que vició las galas del ingenio por largos años. Quiso cantar los mismos asuntos con estilo diferente, y lo que mas convenia, lo que hubiera dado gloria y fama eterna á los impropriamente llamados *cultos*, era variar la esencia y conservar la forma; porque la poesía no

es ni puede ser una ciencia; es, sí, una forma y una manifestacion de las ideas preexistentes. ¿Acaso por variar el estilo, queriendo ser originales y legar su nombre á las edades futuras, no pisaron con planta insegura el trillado campo en que tantos laureles conquistaron nuestros mas distinguidos poetas?

El poeta D. Luis de Góngora fué el padre y fundador del cisma, el primero que enarboló la bandera de la rebelion contra las sanas doctrinas, prefiriendo,—dice un crítico extranjero que, en realidad de verdad, suele hacernos mas justicia que sus compatriotas,—como el ángel rebelde ser gefe de los espíritus decaídos á ejercer superioridad entre los que se habian conservado fieles. No habiendo nuestros distinguidos poetas cantado en las cuerdas de su dorada lira mas que asuntos ligeros, como el campo, las estaciones, &c., y no pudiendo eclipsar ya su gloria, ni por la imitacion, ni por el perfeccionamiento, creyó Góngora que solo podria alcanzarla variando el estilo, y dominado por esta idea, en mal hora concebida, precipitóse frenético en el vastísimo campo de lo ridículo y estravagante, dando rienda suelta á su rica y varia imaginacion, y entregándose á la afectacion y mal gusto que recibió su nombre, y que es el distintivo de todo escrito embrollado, conceptuoso y altisonante.

Góngora es uno de aquellos escritores eminentes que en el siglo XVI elevaron la musa castellana á su mas alto grado de esplendor: es un hombre singular, en quien vemos reunidos el gusto mas delicado y la imaginacion mas lozana, que abandona por sistema para fundar una secta irracional y estravagante que dominó nuestro Parnaso por mucho tiempo. Pero, para estudiarle, es preciso distinguir en Góngora dos poetas distintos: el uno, dulce, apasionado, correcto, espresando con facilidad y filosofía profunda los sentimientos mas nobles y las pasiones mas tiernas de un alma juvenil, ó bien burlando con festivo donaire y halagüeños matices los vicios y ridiculeces de la sociedad en que vivia; y sin duda sus poesías amatorias, romances y letrillas satíricas, que tanto admiramos hoy, pertenecen á la época de su permanencia en la universidad de Salamanca; y el otro, el poeta de lenguaje peculiar, hinchado y altisonante, que le costaria no poco trabajo formar con la construccion y los idiotismos greco-latinos, estraviada su imaginacion por el demasiado estudio y el deseo de hacerse singular. No contento de haber desfigurado completamente la lengua, quiso dar mayor dignidad á la dición y una intencion profunda á cada palabra, usándolas en sentidos estravagantes y ajenos de su significacion propia, é inventando hasta una nueva puntuacion y medida que hacen imposible descifrar sus frases enigmáticas, y para sublimar este estilo *culto*, sacó gran partido de sus profundos conocimientos científicos, históricos y mitológicos, arrastrando á sus lectores á un tenebroso campo en donde llegan á perderse el genio mas agudo y la vista mas perspicaz.

Reconocemos en Góngora genio, grandes cualidades de poeta, y en algun crítico recordamos ha-

ber leído que acaso no ha nacido quien reuniese en tan alto grado la brillante imaginación, la fuerza del pensamiento y el instinto de la armonía, creyendo que, si hubiera nacido cincuenta años antes, fuera el primero de nuestros poetas y lo es acaso todavía en aquellas composiciones que, obra de su juventud, fueron hechas por él sin pretensión alguna, como producto natural y espontáneo de su fácil vena. Pero considerémos hoy á Góngora como poeta de gusto delicado, dulce y apasionado, para estudiarle luego como jefe del *culteranismo*, y traslademos á nuestras columnas algunos trozos de sus bellísimas composiciones, para que nuestros lectores por sí mismos le juzguen, empezando por los cuartetos del magnífico soneto *Al Guadalquivir*, que son de los mas bellos y poéticos que pudiéramos hallar en las colecciones de los mas distinguidos poetas, entre los muchos que cuenta nuestra historia literaria.

"Rey de los otros rios caudaloso,
Que en fama claro, en ondas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello undoso;
Pues dejando tu nido cavernoso
De Segura en el monte mas vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino
Tuerces soberbio, rauda y espumoso."

Aun á trueque de dar á este artículo dimensiones mayores que las que nos habíamos propuesto, no vacilamos en copiar el siguiente trozo de una letrilla llena de poesía, naturalidad y sencillez que escribió en su juventud y que revela las relevantes dotes de Góngora.

"Lloraba la niña,
y tenia razon,
la prolija ausencia
de su ingrato amor.
Dejóla tan niña,
que apenas creyó
que tenia los años
que há que la dejó.
Llorando la ausencia
del galan traidor,
la halla la luna
y la deja el sol:
añadiendo siempre
pasion á passion,
memoria á memoria,
dolor á dolor.
Llorad, corazon,
que teneis razon."

Si grande es nuestro sentimiento por no poder trasladar íntegra esta bella letrilla, no es menor al tener que renunciar, por no cansar la atención de nuestros lectores, al placer de copiar la siguiente canción que—al decir del respetable y autorizado Sr. Gil y Zárate—no existe mas suave en la lengua castellana:

"De la florida falda
Que hoy de perlas bordó la alba luciente,
Tejidos en guirnalda,
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden, con ser flores,
Blanco á tu seno y á tu boca olores."

También está llena de pensamientos delicados y tiernos la canción *A una tórtola*, que empieza:

"Vuelas, oh tortolilla!
y al tierno esposo dejas
en soledad y quejas;
vuelves despues gimiendo,
recíbete arrullando,
lasciva tú, si él blando;
dichosa tú mil veces,
que con el pico haces
dulces guerras de amor y dulces paces."

Pero en los romances es donde Góngora ostenta todo su ingenio, donde luce toda la pompa, todas las brillantes galas de su númen poético, toda la riqueza de su versificación, toda la dulzura y armonía de aquella pluma que había de escribir mas tarde las *Soledades* y el *Polifemo*, que le han hecho tan tristemente célebre. Consignemos pues que sobresale en los romances, siendo el mas célebre, y que se cita como modelo, el lindísimo de *Angélica* y *Medoro* que tiene trozos tan admirables como este:

"Todo es gala el Africano,
su vestido espira olores,
el lunado arco suspende,
y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas
son sus roncós atambores,
y los volantes de Venus
sus bien seguidos pendones.
Desnudo el pecho anda ella,
vuela el cabello sin órden,
si lo abrocha es con claveles,
con jazmines si lo coje."

Sin que este nos haga olvidar el del cautivo que empieza:

"Amarrado al duro banco,
de una galera turquesa,
ambas manos en el remo,
y ambos ojos en la tierra."

Con sentimiento renunciamos á hacer mas citas por no pecar de cansados. A Góngora, autor de sonetos, letrillas satíricas, canciones y romances, donde se ostenta una sensibilidad esquisita, solo conciliable con el gusto mas delicado; en que brillan la novedad mas graciosa en los pensamientos



la eleccion mas feliz en las imágenes, el difícil talento de la descripción, y una dulzura y facilidad admirables en la versificación, le veremos insoponible y disparatado en el artículo tercero.

B. DIAZ DE RIVERA.

LA NADA.

POEMA.

CANTO PRIMERO.

Vosotros sabios que llenais el mundo
De tantas ciencias y con tanto ruido,
Vais á ver el secreto mas profundo
Que nunca al hombre revelado ha sido.
En poco mas ó menos de un segundo
Os será este misterio conocido
Pues quiero que palpeis con vuestras manos
La Nada entera en versos castellanos.

Allá en la oscuridad impenetrable
De los tiempos... mas punto, que me falta
Aquí la invocacion indispensable.
Oh tú, sacra deidad, la que mas alta
Tienes la inspiracion, sé favorable:
Mi esfuerzo anima y mi razon exalta;
Dame de un golpe lo que aquí te pido
En órden claro y á renglon seguido.

Dame el hondo rumor con que se agita
La mar en sus profundos oleages,
El bramar del torrente que se irrita,
Los gritos de las águilas salvages,
El son con que el arroyo precipita
Sus ondas de esmeraldas y de encages,
La voz del viento en las agrestes cañas,
El trueno del volcan en las montañas.

Préstame porque sirvan á mi intento
Y en los espacios andarán perdidas,
Las palabras de amor que lleva el viento,
Todas las esperanzas no cumplidas.
Dame el molde no mas del pensamiento,
El dolor de las penas no sentidas,
Dame la pompa de la frase hinchada
Que suene mucho sin que diga nada.

Dame el son de los ecos repetidos,
Y abre á mi alrededor huecos inmensos;
Que retumbe mi canto en los oídos,
Que tenga yo los ánimos suspensos;
Dame en fin consonantes escogidos
Y giros y periodos muy estensos,
La voz profunda y la palabra seria.
Basta de invocacion y entro en materia.

Allá en la oscuridad, iba diciendo,
De los tiempos sin peso y sin medida,
Todo este mundo que mirais no siendo
Era Nada en la Nada confundida.
Cosa que yo os esplico y que no entiendo,
Espacio sin entrada ni salida,
Sin luz ni sombra, ni calor ni frio,
Sin principio ni fin, todo vacío.

Miro que cada cual su juicio labra
Buscando lo infinito de la idea
En la breve estension de la palabra;

Y como es natural que menos vea
Aquel que por ver mas los ojos abra,
Porque palpable y comprensible sea,
A todos clara y evidente á todos,
Os la voy á esplicar de varios modos.

Nada, segun los cálculos mejores
Basados en el tiempo y en la ciencia;
Nada, segun diversos escritores
Llenos de autoridad y de esperiencia;
Nada, segun los mas observadores;
Nada, segun nos dice la conciencia,
Es en suma de datos verdaderos
Una perpetua sucesion de ceros.

Pero si sois de entendimiento romo
Conmigo discurrid y estadme fijos:
Manuela y Juan se casan, no sé como,
Y aunque fueron entrambos muy prolijos
En el sexto capítulo del tomo,
Se mueren á la par sin tener hijos;
Pues la nada patente se os revela
En los hijos de Juan y de Manuela.

Ya colocados, pues, en este punto
Desde el cual el mas torpe y el mas lego
Penetra en los abismos del asunto;
Y ya que todos veis, salvo algun ciego,
La Nada en sus detalles y en conjunto,
En claras formas á esplicaros llevo
Siguiendo siempre la suprema ciencia
El cómo y el por qué de su existencia.

Todo ser, toda cosa es *ab initio*
Opuesta á otra en cuyo mal conspira:
Por eso la locura rompe el juicio.
Porque hay oscuridad la luz se admira.
No existieran virtudes sin el vicio.
¡Qué fuera la verdad sin la mentira!
Luego deduzco, y con mi empeño salgo,
La Nada existe, por que existe algo.

Es algo cuanto nace, cuanto crea,
Cuanto al concierto universal asiste
Ya en materia, en espíritu, en idea;
Y pues la Nada, claro está, consiste
En que de todo lo contrario sea,
Si queda dicho que la Nada existe,
Acabareis la duda comprendiendo
Que existe solamente no existiendo.

No es aire, ni agua es, ni luz ni barro,
La Nada en conclusion es nada en suma,
Es el placer supremo de un cigarro
Que esperimenta el hombre que no fuma;
Es un incomprensible despilfarro
Que sin cesar al universo abrumba;
Es en fin claramente conocido
Todo lo que no es, será, ni ha sido.

Sigue á la aurora el sol, al sol la luna,
La noche al dia y al placer las penas,
Persigue la desgracia á la fortuna,
Siguen las horas malas á las buenas,
Tras del invierno crudo que importuna
Vierte Flora su amor á manos llenas,
Y por estas razones en que abundo
Tras del canto primero irá el segundo.

José SELGAS.

A GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

POETISA INSIGNE.

El genio solo á eternizar alcanza
que la palabra que lanzó el poeta
á la ley de morir no está sujeta.

G. G. DE AVELLANEDA.

Si el genio iluminara
con su brillante luz mi fantasía,
y el eco de mi canto resonara
allá del cielo en la region vacía,
entonces consiguiera,
que mi humilde poesía
digna, señora, de tu genio fuera.
Quisiera concebir un pensamiento
que entusiasmado lo escuchara el
[hombre,
y que en sus alas lo llevara el viento
á la mansion de gloria,
y que viviera tanto
como habrá de vivir tu ilustre nom-
[bre
en el eterno libro de la historia.
¡Mas ay! en vano inspiracion invoco:
para quien tanto vale
el eco débil de mi acento es poco.

Siendo niño inocente
tus magníficos versos escuchaba
frutos opimos de creacion potente;
feliz te contemplaba,
y en mi entusiasmo ardiente
sin comprender la causa te admiraba.
Al eco de tu voz grata y sonora
entre nubes de nácares y oro
abandonó los límites de oriente
la risueña mañana,
y levantóse el sol resplandeciente
sobre una nube de amaranto y grana.
Las matizadas flores
sus purpurinos cálices abrieron,
los dulces ruiseñores
el cielo de zafir abandonaron
y á la ilustre poetisa saludaron.

De rubia cabellera,
de tersa frente y penetrantes ojos
cruzó gallarda la azulada esfera

la sublime poesía,
y ante el trono de Dios puesta de hi-
[nojos

al compás de la sacra melodía
que en el etéreo espacio resonaba
con celestial acento te decía:
"Cisne del Almendares,
protejida de Apolo, hermana mia,
oiga el mundo tus célicos cantares,
que tú naciste para ser un día
gloria y orgullo de tus patrios lares."
Con primorosa mano
ciñó á tus sienes inmortal corona,
el genio soberano
posó sus alas en tu noble frente,
en tu pecho sensible,
de santa inspiracion brotó la llama,
y al calor de ese fuego inextinguible,
fuego inmortal que el universo ad-
[mira,

ah! descendistes al cubano suelo,
y pulsando inspirada tu áurea lira
cantaste *Dios y el hombre*,
y en el agosto templo de la fama,
poetisa ilustre, resonó tu nombre.

Quando sonó tu cántiga divina
en los campos de *América inocente*
temblaron de placer las verdes cañas,
los pájaros cantores
en las cumbres de altísimas montañas
suspendieron sus trinos seductores,
Cuba como una virgen peregrina
se adornaba radiante de hermosura
con sus palmas, sus fuentes y sus flo-
[res.
El Supremo Hacedor del orbe quiso
que al soplo de su aliento sobrehu-
[mano

brotara de la mar un paraíso:
de Cuba le dió el nombre,
de encantos le adornó la primavera,
y le bendijo Dios para que fuera
eden del mundo, admiracion del hom-
[bre.

Faltaba una poetisa
que en dulcísimos versos celebrara
tus arroyos, tus bosques, tu Almen-
[dares,

y el perfumado soplo de la brisa
que en las templadas tardes del estío
agitando tus índicos palmares

mitigó deliciosa el ardimiento
del tropical ardor; la virgen Cuba
atónita y feliz, escucha leda
de una voz argentina el claro acento,
y descendió del alto firmamento
inspirada por Dios, la *Avellaneda*.
La saludan las flores
y el céfiro galante,
la adorna con sus gotas el rocío,
la mariposa errante
aspirando liviana los olores
de la rosa sencilla,
tiende sobre su cáliz nacarado
las aljéferas alas,
murmura alegre el armonioso río
y en su mojada orilla
donde el suspiro de la errante ola
moribundo resuena,
de Febo el rayo esplendoroso brilla
de oro esmaltando la menuda arena.

Oh! Cuba deliciosa!
oh portentoso sublime de natura!
preciada perla, matutina rosa!
mi pecho henchido de entusiasmo
[late,

y estasiado contemplo la hermosura
del transparente cielo
que el alma inspira del dichoso vate
que vió la luz en tu fecundo suelo.

Hoy el cisne cubano,
abandonando la apartada zona
de la España querida,
pulsas el laud con temblorosa mano,
y la patria de *Heredia* agradecida
ciñe á sus sienes inmortal corona.
No ha escuchado tu patria indife-
[rente

las altas é inspiradas concepciones
de ese tu estro fecundo
ni el mágico poder de tus canciones.
Si Safo digna fué del mundo antiguo,
digna eres tú también del nuevo mun-
[do.

Brille en tu noble frente
del sacro genio la celeste llama:
presta, poetisa, á mi entusiasmo ar-
[diente
tu eterna gloria y tu brillante fama.

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

ESTUDIOS HISTORICOS.

ALONSO PITA DE VEIGA

EN LA BATALLA DE PAVIA.

Desde el año de 1525 en que se dió la famosa
batalla de Pavía, hasta la fecha de hoy, son mu-
chas las historias que se han escrito, las relaciones
que se han ordenado, y las referencias que se han

hecho de aquella gloriosa jornada. Pero introdu-
cido el error, ó sostenida la negligencia de los que,
entrando en detalles, cambiaron algunos nombres
y omitieron otros de los soldados españoles que
mas se distinguieron en la accion, todavía hasta
nosotros no se habia podido averiguar con certeza
á quién se deben en realidad las primicias del triun-
fo por la prision del rey Francisco I de Francia,
allí rendido al esfuerzo de nuestras gentes.

Cúpole en suerte á nuestro buen amigo y repu-
tado escritor el señor don Manuel Juan Diana el
tropezar con el privilegio de nobleza que á poco
tiempo despues de la batalla otorgó el emperador

Cárlos V al hombre de armas Diego Dávila, andaluz de la ciudad de Granada, y el primero que obtuvo prenda del rey en señal de rendimiento.

Es verdad que de este soldado, así como de algunos otros que en el acto de la prision asistieron, ya varios historiadores ó coronistas habian dado cuenta por sus nombres; pero tambien lo es que los servicios no quedaron bien definidos por entonces, y aun hoy en la *Historia general de España* que ve la luz pública, tampoco se hace de ellos la distincion que se merecen y podrian obtener, en especial despues de haberse publicado aquel privilegio de hidalguía por el citado escritor don Manuel Juan Diana, primero en el *Semanario Pintoresco Español*, y luego en su obra titulada *Capitanes ilustres y revista de libros militares*.

Resalta y se hace tanto mas notable la omision de esta cita, cuanto que el ilustrado autor de la sobredicha *Historia general* se entretuvo algunos meses registrando los papeles del archivo de Simancas donde el privilegio original se custodia. Es verdad que no meses sino años y muchos se necesitan para coleccionar los diplomas indispensables al buen desempeño de semejante obra, y que un historiador para escribir una historia general no puede entretenerse en todas las minuciosidades que el exámen de los archivos le suministre, aun cuando sirvan al propósito de aclarar hechos dudosos ó desvanecer errores manifiestos.

Tal vez á esta consideracion se subordinó el distinguido escritor de la *Historia de España*, bien que la especialidad del caso le relevase de ella: que no se ganan en cada campaña victorias como la de Pavia, ni es frecuente tampoco la rendicion de un monarca. Como quiera que sea, y aun á trueque de parecer difusos, á nosotros se nos figura que la historia no perderá nada, y que la gloria local ganará mucho con que se sepa quiénes fueron los primeros soldados del ejército español que rindieron al rey de Francia y lo tomaron en calidad de prisionero.

Y puesto que ya el señor Diana en los lugares citados ha hecho memoria del hombre de armas andaluz publicando su carta de hidalguía, cumple hoy á nuestra buena fortuna dar á la estampa la que por el mismo servicio y en los términos que mas adelante se verán, otorgó tambien el emperador á un Alonso Pita de Veiga, gallego de nacion, reputado ya por envidiables hazañas en el ejército de Italia, y ascendiente de una ilustre familia de militares distinguidos, que ha realizado mas de una vez los altos merecimientos del real cuerpo de artillería de marina.

Hé aquí el privilegio en los términos que lo otorgó el emperador á los cuatro años despues de la batalla.

"Don Cárlos, por la divina clemencia emperador siempre augusto, rey de Alemania, Doña Juana su madre y el mismo Don Cárlos, por la gracia de Dios, reyes de Castilla, etc.: Acatando los buenos y leales servicios que vos, Alonso Pita de Veiga, gallego, nuestro vasallo, nos habeis hecho en todas las guerras que se han ofrecido, ansi en España como

en Italia donde os habeis hallado, especialmente en la batalla de Bicencio, que don Ramon de Cardona, visorey y capitan general que fué del católico rey nuestro abuelo y señor, que haya santa gloria, en el nuestro reino de Nápoles dió contra Bartolo de Albiano, capitan general de venecianos, donde os hallastes y señalastes muy bien, y lo mismo en la batalla que Próspero Colona, que fué nuestro capitan general de Italia hubo en la Vicoa con M. de Esecur, capitan general del rey de Francia y de su ejército; y ansi mismo en la que Don Cárlos duque de Borbon, nuestro capitan general que fué de Italia, y don Cárlos de Lonoy, nuestro visorey de Nápoles, y don Francisco Hernando Dávalos de Aguicio, marqués de Pescara, nuestro capitan general de infantería, dieron en Gatinara al ejército de franceses, de que era capitan general el almirante de Francia, donde os hallastes y señalastes como hombre de buen ánimo y esfuerzo, de todo lo cual soy informado y certificado por cartas de los dichos nuestros capitanes generales de Italia y de otras personas que de allá han venido: y demás dello nos consta y es claro y notorio que en la batalla sobre Pavia que los dichos duques de Borbon y don Cárlos de Lonoy y marqués de Pescara hubieron con el rey de Francia, donde le desbarataron y prendieron, vos, continuando vuestra lealtad y esfuerzo y el deseo que teneis de nos servir, peleastes como valiente hombre y cobrastes de poder de franceses el estandarte del serenísimo infante Don Fernando, que ahora es rey de Ungría, nuestro muy caro y muy amado hijo y hermano, en el cual iba la insignia del nuestro ducado de Borgoña, y lo tomaron los franceses habiendo muerto al alférez que lo traía, en prueba de la cual hazaña os ficimos merced de seiscientos ducados de oro, y en la batalla ficistes tanto que allegastes á la misma persona del dicho rey, y fuistes en prenderle, juntamente con las otras personas que le prendieron, y vos le quitastes la manopla izquierda de su arnés y una banda de brocado que traía sobre las armas con cuatro cruces de tela de plata y un crucifijo de la Vera Cruz, de lo cual el mismo rey de Francia hizo fe y testimonio por una cédula firmada de su propia mano, y nos vos hicimos merced por ella de treinta mil maravedís cada año para toda vuestra vida, allende de vuestro salario ordinario de hombre de armas: en memoria de lo cual, y porque los emperadores y reyes y príncipes acostumbran honrar y hacer mercedes á los que bien les sirven, para que en sus linajes y sucesion quede de ellas perpetua memoria, y otros á ejemplo dellos se esfuerzen y animen á bien servir.

"Por la presente de nuestro propio motu y ciencia cierta y poderío real absoluto de que en esta parte queremos usar y usamos como reyes y señores naturales, es nuestra merced y voluntad de os hacer merced y conceder y dar por armas un escudo cuarteado, el campo del cuarto de encima colorado de color de sangre y en él una manopla en señal de la que tomastes al dicho rey de Francia, y una corona real de oro un poco mas arriba de la dicha manopla; y del cuarto de abajo el campo azul

con tres flores de lises de oro que son las verdaderas armas de los reyes de Francia; y el cuarto derecho tenga el campo colorado como el campo de arriba, y en él la banda subsódica con sus cruces, y el campo del cuarto siniestro así mismo colorado, y en él el dicho estandarte del serenísimo rey de Hungría, con las armas de nuestro ducado de Borgoña, y timbrado dicho escudo segun y de la manera que va puesto y timbrado aqui: las cuales dichas armas vos damos y concedemos para vos y vuestros hijos y descendientes nacidos y por nacer y sus descendientes de ellos perpetuamente para siempre jamás, etc. Dada en Barcelona á 24 de Julio, año del nacimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo de 1529 años.—Yo el rey—Yo Pedro de Casasola, secretario de sus Cesáreas y Católicas Majestades la fice escribir por su mandado.—Idiaquez."

Tomóse este traslado en el *Archivo general de Simancas*, del legajo 388 correspondiente á los que se titulan de "Mercedes y privilegios." Al insertarlo en este lugar hemos suprimido las fórmulas de su conclusion, porque sin añadir nada á la sustancia del escrito, acabarian por hacerlo empalagoso. Pudiéramos haber hecho lo mismo con los preliminares de la gracia, pues para acreditarla, una mención cualquiera seria suficiente, citando además el lugar donde todo el privilegio se custodia. Sin embargo, y aun aparte de la fuerza que dan á los mejores discursos los mas triviales diplomas, con tal que sean auténticos, todavía en el presente descuella una série de gloriosos hechos, que fuera negligencia el no citarlos.

Aquellas, bajo la mano del Gran Capitan inauguradas, campañas famosas en el reino de Nápoles, seguidas por el célebre don Ramon de Cardona y por el insigne marqués de Pescara, hasta el solemne triunfo de Pavia, recuérdanse en esa merced como monumento imperecedero del poder de nuestras armas sobre las mas acreditadas, en una época esencialmente belicosa.

Del temple de aquel valeroso soldado gallego, eran á la sazón todos los soldados españoles; y de esa brillante escuela de guerreros que sobre el Garelano habian hecho doblar la cerviz á las mejores tropas del universo, y que en Pavia conquistaban para sus blasones coronas de monarcas, salieron aquellos que empuñando con gloria las banderas de la fe, llevaron la de Nuestro Redentor por ignotos caminos y la extendieron triunfante por todo el nuevo mundo.

JOSÉ FERRER DE COUTO.

COSTUMBRES DE LOS MARROQUÍES.

Marruecos está habitado por los berberes, árabes, moros, judíos y negros: los berberes, cuya principal parte marroquí se llama Chelleuhs, son labradores ó pastores; los árabes son en su mayor parte

beduinos, es decir que se dedican al cuidado de sus rebaños, y viven lejos de las poblaciones, en medio de los terrenos de pastos ó en el desierto; los moros habitantes de las ciudades, descendientes degenerados de los árabes y de otros pueblos, son avaros, viciosos, cobardes, sanguinarios, perezosos y vengativos; la mezcla de su sangre se conoce en su rostro, que es menos atezado que el de los árabes: los judíos son numerosos, no obstante el mal trato que les dan; para conservar la preponderancia en el comercio y en la industria, se someten á todas las exigencias insensatas del gobierno marroquí, y hasta consienten que ataquen á sus sentimientos religiosos: los negros forman la fuerza principal del ejército del imperio, y son temidos, como deben de serlo unos soldados brutales, mandados por jefes ignorantes y crueles.

Los marroquíes tienen una alta idea de sí mismos; como todo pueblo falto de civilización, creen que ocupan el primer rango entre las naciones; desprecian á los europeos, y los tratan de *agein*, que quiere decir bárbaros; no reconocen mas que un poder, el de la fuerza física; el despotismo los ha envilecido de tal manera, que las palabras honor y libertad carecen para ellos de sentido. Tienen profundamente arraigado en sus almas el fatalismo; así es que nunca pierden la esperanza, por grandes que sean las desgracias é infortunios que sufran. Soportan la pobreza sin quejarse, y nada hacen para salir de semejante estado, en la convicción de que el porvenir les prepara una vida mas feliz.

Llevan, bien puede decirse que con orgullo, los harapos que los cubren, y como la política está encargada por orden superior de denunciar á las personas ricas, se ven cubiertas las calles por una multitud, que hace ostentación de sus trajes hechos jirones; estas deplorables denuncias con que se ven continuamente amenazados los marroquíes ricos comunican á la nación la mas triste apariencia: sucede con frecuencia que el vestido usado por el padre durante veinte años, le usa despues el hijo por otro período igual. Si llegan á presumir que el marroquí mas modesto goza de un bienestar mas desahogado que anteriormente, se hace sospechoso, y no tardan en secuestrarle los bienes; así es que cada uno vive lo mas miserablemente que puede. "En las casas nada de muebles, dice Suider Pelligrini." No se come carne, se anda sin zapatos; sin embargo, todos los marroquíes tienen dinero.

El emperador es heredero legal de todos los ciudadanos. En cuanto muere una persona, entran los soldados en su morada y arrebatan cuanto encuentran, y la familia se queda sin recursos si el difunto no tuvo la precaución de ocultar su fortuna en algun escondrijo: sucede muchas veces que los parientes ignoran el sitio en donde se enterró el tesoro, y entonces se ven reducidos á la mayor miseria. Esto último acontece con frecuencia, porque los desgraciados que cometiesen la imprudencia de divulgar el secreto del escondrijo, serian irremisiblemente despojados así que llegase á la noticia de la policía, que no solo los privaria de su fortuna, sino que los haria sufrir los tormentos mas crueles;

los marroquíes tienen un arsenal de instrumentos de suplicio, y de todo hacen uso para causar miedo á los delinquentes.

Hay, pues, muy pocos marroquíes que no escondan sus bienes debajo de la tierra, y hay muchos que mueren sin poder dar á su familia las explicaciones suficientes para que encuentren el sitio en donde enterraron sus riquezas: así es que la tierra oculta montones de oro, y nada se exagera evaluando en dos mil millones de francos los tesoros escondidos y quizás perdidos para siempre.

Los moros de Marruecos, por una superstición increíble, veneran á los individuos mas innobles de la nacion, y les dan el nombre de santos, personajes asquerosos, que vagan en gran número por las ciudades y en los cementerios, en cuyos sitios su aspecto horrible y deforme trae á la memoria lo que dicen las fábulas de Oriente sobre las bocas voraces deseosas de cadáveres. La mayor parte de estos hombres y mujeres apenas llevan cubierto el cuerpo con vestidos viejos, rotos y llenos de insectos asquerosos: nunca han sabido lo que es limpieza y aseó. En Marruecos, para ser inscrito en el número de los santos, basta ser loco, idiota, imbécil ó aparentar serlo. También se dá el título de santos á algunos devotos lúgubres ó sombríos, que saben hacerse admirar con prácticas y costumbres singulares. Cada cual se considera dichoso con cuidar y alimentar á estos horribles personajes, cuyas palabras son creídas como oráculos. Aunque los tenidos por santos son imbéciles ó locos, los hay también, entre ellos, algunos que gozan de todas sus facultades intelectuales y que explotan con habilidad la credulidad pública.

M. Cotte refiere que encontró á uno de estos santos, que se vanagloriaba de ser invulnerable y de haber desviado de su persona en una batalla las balas de cañon y de fusil; recurrió al siguiente medio para obligarle á confesar su descaro: "Colocaos, dijo al santo, á una distancia de treinta pasos, elegiré un blanco que cubrireis con vuestra mano estendida, dispararé sobre él una bala, que cojereis al vuelo por la virtud de que estais dotado. Si consentís, habreis convencido á un nazareno de corazon duro y alma rebelde." El hombre guiñó los ojos y contestó: "Amigo, ¿por qué tentar á Dios? Me ha hecho invulnerable á las balas enemigas; ¿me protegerá contra las de un amigo? Ningun amigo ha hecho fuego contra mí; ¿no quiera Dios que haga la prueba!"

Un día fué llamado un francés á un sitio retirado por un santo que le habia hecho en público señales de inteligencia: "Señor, le dijo en voz baja y en francés inteligible aunque de mala ley, soy aubernes." Se esplicó y vino á averiguarse que el santo marroquí era un viejo marinero que habia naufragado en la costa de África hacia ya mucho tiempo.

Los judíos ocupan una posicion enteramente distinta que los santos; así como estos son venerados y hourados, los otros son humillados y atormentados; les está prohibido escribir en árabe y conocer

los caracteres árabes, porque dicen los marroquíes que son indignos de leer el Koran.

Tampoco les permiten montar á caballo ni sentarse con las piernas cruzadas segun la costumbre mahometana; los insultan hasta en sus propios templos, en donde cualquier bribon tiene el derecho de sacudirlos; en la via pública los muchachos los llenan de injurias, los escupen en el rostro y les arrojan piedras y lodo; si por desgracia se atreven á castigar á estos tunos, corren peligro de ser molidos á palos por el populacho. Antes de pasar por delante de una mezquita, si quieren evitar ser castigados severamente, están obligados á quitarse el calzado y á marchar con los pies desnudos y con todas las apariencias de una profunda humildad. Si un moro dirige una apóstrofe injuriosa á un judío y este le contesta en el mismo tono, el asunto, sin acudir al cadí, termina probablemente con un asesinato; el judío pagará con la cabeza su atrevimiento.

Siempre que un moro le dirige la palabra, el hijo de Israel debe responder Sidi, esto es, señor; y para hablar al hombre de mas baja condicion, es absolutamente necesario que le trate con toda consideracion y deferencia.

En cambio de todas estas vejaciones, los judíos han logrado ser los dueños del comercio y ocupar ciertos puestos de confianza, de donde procede esa anomalia de que hombres que son el blanco de las más grandes injurias y afrentas desempeñen funciones importantes. Esto puede explicarlo el carácter indolente de los moros; se ven obligados á ocupar á los judíos porque solo estos tienen la suficiente actividad para los empleos que exigen algun trabajo. En cuanto á los marroquíes, se atrincheran por lo general en su ociosidad, que creen noble, y tratan como mercenarios á los israelitas, diciendo que es preciso ser muy vil para verse reducido á trabajar.

REVISTA DE MADRID.

Pues señor, el mes de Febrero del año sesenta, hará época en los fastos de la coronada villa.

Qué de fiestas, justo cielo! qué de fiestas!

Primeramente la toma de Tetuan, ese gran acontecimiento que ha causado la admiracion de las naciones estranas, y que tan alta ha colocado la honra de nuestra patria querida, vino á sacar de quicio á los pacíficos habitantes de la corte. Al recibir tan fausta noticia fué tal la embriaguez de alegría que se apoderó de ellos, que, por espacio de quince días, la estuvieron celebrando, sin acordarse nadie de que el calendario del presente año no rezaba para el mes de Febrero una perpétua fiesta.

La poblacion de Madrid ha vestido de gala, y pocas veces con tan justo motivo ni con tan incontestable razon.

Por eso sin duda se complació en ostentar sus mas ricos trages y sus mas vistosos adornos.

Madrid en las fiestas de la toma de Tetuan se había remozado.

Estaba hermoso.

Lástima grande que no podamos contemplarlo siempre tan elegante, tan guapo y juguetón!

Pero hablando formalmente.

Las fiestas que la corte de España ha celebrado en honor de las glorias alcanzadas por nuestro valiente ejército, han sido dignas de la grandeza de la causa que las motivaba.

Desde el primer momento en que el estampido del cañon anunció tan grata nueva, todos los balcones se cubrieron de ricas sedas, y el vecindario en masa salió á la calle dando vivas á la Reina, al Príncipe, al Ejército y á la Nación. Al pronto la poblacion de Madrid parecia un pueblo de locos, pues tal era el entusiasmo, que nadie sabia lo que hacia, ni podia nadie darse razon de lo que le pasaba. Todo el mundo corria por las calles; y si se les hubiese preguntado á donde iban, es seguro que ninguno hubiera sabido contestar de una manera afirmativa. Pero, sin embargo, cualquiera que hubiera querido averiguarlo no tenia que haber hecho mas que situarse en la plazuela de Palacio, y allí habria visto afluir por todas partes, y apiñarse un pueblo entero, un pueblo muy sensato y amante de sus reyes que, instintivamente, y sin consultarlo con nadie mas que con su propio corazon, llegaba en alas de sus buenos sentimientos á felicitar á la corona de España por el inapreciable florón con que acababa de enriquecerse, y á compartir con sus monarcas la alegría que sentían rebosar en sus pechos por tan notable acontecimiento. Y que esto es verdad lo atestiguan las voces que se dieron en la plaza, y las exclamaciones de entusiasmo y de cariñosa ternura con que fué saludada la aparicion de los monarcas en el balcón principal del regío alcázar.

Yo bien quisiera poder describir con vivos colores lo que pasó en aquel instante en la plaza de la Armería; pero, francamente, me conceptúo impotente, porque hay acontecimientos que le hacen á uno sentir mucho cuando se recuerdan como cuando se presencian, y que, sin embargo, nunca se pueden relatar, con el interés y la energía que tuvieron en sí mismos.

Figuraos la inmensa plaza de palacio atestada de gente. Hombres, mujeres, niños y ancianos, todos reunidos y animados todos por un mismo sentimiento, cuando los reyes se asomaron al balcón, prorrumpieron en tales exclamaciones de entusiasmo que, la Reina, conmovida hasta el extremo, no hacia mas que mostrar al pueblo el tierno Príncipe que tenia en sus brazos, mientras que de sus ojos se desprendían preciosas lágrimas de gratitud y de alegría. Los que estaban mas cerca, que repararon en el llanto de la Reina, debieron sentirse tan profundamente conmovidos que trataron de escalar los balcones para besar su manto y acariciar al Príncipe. Infinidad de veces hicieron asomar á la Reina, y siempre fué acogida con las mismas pruebas de interés y de entusiasmo. Por mi parte pue-

do asegurar que me retiré de aquellos sitios vivamente afectado.

Entre tanto el estampido del cañon continuaba proclamando las glorias alcanzadas por nuestro ejército; las campanas de las parroquias, de las iglesias, y hasta de los conventos repicaban á vuelo; las músicas de la guarnicion y las que iban improvisando los paisanos, daban al viento por las calles los himnos mas patrióticos; y los vivas que por do quiera resonaban, y los tiros que de las ventanas, de las puertas y de los tejados se disparaban, todo esto producía tal ruido, tal confusion, tal algarabía, que hubiera sido imposible no sentir el alma embriagada de entusiasmo.

Todo el mundo se erigía en orador aquellos dias; todo ciudadano se conceptuaba con derecho para improvisar un discurso y para dirigir su autorizada voz al público. En cada esquina, en cada calle, en cada plazuela, se predicaba la union y la fraternidad de todos los españoles, para hacerse fuertes y poder contrarrestar el poder de cualquier nacion que intentase inferirnos una ofensa. Y esto sucedia lo mismo á las doce del dia que á las doce de la noche; lo mismo á la luz del sol, que á la de millares de luces que se ostentaban en caprichosas y elegantes formas por los balcones despues de anocheado, pues el orador era el pueblo y la tribuna una reja ó un pedestal improvisado con baldosas en mitad de la calle.

Confieso que yo estaba muy complacido de ver estas cosas; pero, por desgracia, no puedo decir otro tanto de las voces con que algunos, mal aconsejados, se permitieron aguar tan patriótica y tan natural alegría.

Mas dejemos esto, que no es prudente tocarlo, y consolémonos con saber que la mayor parte del público ni siquiera se apercibió de ello, entregándose de buena fé á las diversiones que no hubieran tenido fin, á juzgar por el afán con que supieron alargarla un dia y otro, si el cansancio mismo no hubiese venido á ponerlas término.

Hubo, pues, algunos dias de calma; pero tan pocos, que cuando llegó el domingo de Carnaval, el público madrileño apenas habia tenido tiempo de reponerse de sus fatigas. Así fué que las mascaradas se resintieron este año de falta de animacion. Es verdad que lo desapacible de la temperatura influyó mucho á que la gente se abstuviera de bajar al Prado; pero con todo, aunque no se notaba la afluencia de gentes de otros años, no por eso dejó de estar concurridísimo este paseo y el de la Castellana.

Yo poco puedo contar de lo que pasó en el primero, pues apenas lo ví mas que de corrida, ó como si dijéramos al trote de un caballo. Pero en la Castellana presencié escenas muy chuscas y oí bromas de buenísima ley.

Referiré una que fué de todas la que mas me chocó, tanto por las palabras en sí, como por la persona á quien iban dirigidas. El máscara vestía de chino, y montaba un asqueroso rúcio, verdadera efigie de Rocinante. La dama á quien hablaba, jóven, hermosa y elegante, iba reclinada con

indolente indiferencia, sobre los ricos almohadones de una soberbia carretela.

—Con que no me quieres decir, hermosa baronesa, en qué estado se hallan las cataratas del conde?—preguntaba el enmascarado.

—Ya te he dicho que el conde goza de completa salud en la vista;—contestó la dama con tono despreciativo.

—Eso no puede ser—replicó el chino—y aunque me lo jures no lo creeré, porque yo trato al conde y me he convencido de que no vé. Hace mucho tiempo que no ha estado en tu casa?

—No por cierto. Esta mañana he tenido el gusto de recibirlo en ella.

—El conde ha estado hoy en tu casa, y dices que vé?...—

—Claro, sinó no hubiera venido.

—Te engañas. La mayor prueba de su ceguera es que después de lo que ha pasado se empeña aun en verte....

Ignoro si la broma concluiría con estas palabras, por que apenas fueron pronunciadas, el cochero que llevaba las riendas de las yeguas hizo avivar el paso de estas para colocar la carretela delante de un coche de plaza que caminaba muy despacio, y yo no pude oír mas. Lo que sí sé es que el chino picó espuela á su jamelgo y siguió el mismo camino del carruaje de la baronesa.

Yo también fuí objeto de terribles bromazos que mas de una vez me pusieron en el aprieto de no saber que contestar. Iba en compañía de dos criaturas que parecían ángeles del paraíso....

No quiero hablaros de bailes aunque los hubo en todos los locales que es costumbre de otros años, menos en el Real.

Tampoco haré mención de los que se han celebrado en las casas particulares de la grandeza.

Solo me ocuparé de una cosa, y es de censurar el abuso, que la costumbre ha sancionado, de convertir en día de Carnaval en Madrid el miércoles de ceniza. No soy nuevo en la corte, y por consiguiente, no hay que decir que esto me pilla de sorpresa; pero cuantas veces veo en este día máscaras por las calles, mis recuerdos se fijan en el santo país que me vió nacer, y no puedo menos de bendecir la sencillez de mis paisanos.

Y aquí hago punto.

Notaréis que esta revista vale bien poco, pero no lo achaqueis mas que al cansancio de las bromas de Carnaval que me obliga á escribirla á la ligera.

PEDRO MANUEL DE MOROY.

EL DOMINGO DE PIÑATA.

Hay costumbres absurdas, que no se tienen por tales solo porque son costumbres. Tal es, entre otras, la que hace del Domingo de Piñata un apéndice, un rabo del Carnaval. De él pues vamos á ocuparnos.

Seguro es que no habrá quien ponga en duda

que la Cuaresma empieza el Miércoles de Ceniza. La sagrada ceremonia de este día, ó no quiere decir nada absolutamente, ó quiere decir que desde aquel punto las diversiones mundanas han cedido el puesto á las penitencias, á las mortificaciones, á la contemplación de las eternas verdades, al pasto de la divina palabra. La Cuaresma ha principiado, las puertas de los templos se han abierto de par en par, y á ellos acuden los fieles, porque este es el tiempo de la reforma y de la gracia. Los sermones se multiplican, inauguranse tríduos y novenas, comienzan las vigiliás y los ayunos, y parecen completamente extinguidos los bulliciosos recuerdos del Carnaval. Todo ha vuelto á entrar en el orden primitivo. ¿Es que pasó la fiebre, ó es que Nínive ha escuchado la voz del profeta de Dios?

Ni una cosa ni otra. Cuatro días de perfecta calma trascurren; pero al cabo de ellos asoma el primer Domingo de Cuaresma, y el genio de la locura agita otra vez de improviso sus cascabeles. El Carnaval se estremece en su tumba que creíamos cerrada, y su cadáver galvanizado se alza, corre, salta de aquí para allí, endosa un disfraz, se cubre con una careta, y con agudos chillidos llama á sus dispersas huestes que le siguen en tropel recorriendo calles y plazas entre músicas y algazaras.

La decoración ha variado. El pueblo de hoy no es el de ayer, como el de mañana no será el de hoy.

Las músicas pululan por todas partes precedidas de banderas; las máscaras comienzan á hacer exhibición de trapos viejos, seguidas por turbas de muchachos del mismo pelage que las acosan á pedradas, y que frecuentemente vienen á dar de rechazo sobre los pacíficos transeúntes ó sobre los curiosos papamoscas. Los acometidos agotan el cultísimo diccionario de la Mirandilla para afeár á los agresores sus licenciosos estravíos, y al cabo concluyen por conjurar á trancazos la nube que granaiza sobre sus pelucas de estopa y sobre sus caretas de papel de estraza. La libertad del apedreo, la igualdad del tú por tú y la fraternidad de los trancazos constituyen los tres principios fundamentales de la república carnavalesca.

Entre estos apacibles solaces transcurre la mañana. Desde el anochecer el espectáculo cobra nuevo aliciente y nueva vida. Las gentes se apiñan, se empujan, se codean y se pisan los callos en la calle Ancha y sitios adyacentes. Allí turbas de imberbes mozaletes y de polluelas cúrsis, llevando en las manos unos plumeritos muy cucos de papel, sacuden con ellos las caras de las personas que transitan, ó arrojan carretillas de pólvora ó polvos fulminantes bajo sus pies, mientras apiñadas masas de gente soez, por lo comun envueltas en una densa atmósfera de néctar mallorquín, forman cuña y penetran por allí donde mas espesa está la muchedumbre, arrollando á los unos, derribando á los otros, y hundiendo un par de costillas al que cae de lleno dentro de la línea de empuje de su desenfadada brutalidad. En aquellos momentos

supremos. del solaz popular se oyen salir del tumulto ahogados gritos y descomunales imprecaciones, al par que risotadas aguardientosas y broncos ecos á modo de rebuznos. La diversion ha llegado á su colmo.

De vez en cuando suena una guitarra que toca en son acompasado y monótono. Tras ella vienen diez ó doce parejas marchando como los quintos en instruccion. Grave es su continente y profundo su silencio. Los trages son de confeccion conocida: aquellas telas y aquellos cortes llevan grabado el sello de los baratillos de la callejuela de Soto. En Longchamps se inauguran las modas parisienses de la estacion: aquí el Domingo de Piñata se exhiben las chinchies del próximo verano.

La comparsa en cuestion sigue su marcha á paso de recluta, y así calle por calle, por una me entro y por otra me salgo, recorren todas las de Cádiz, pasándose así gran parte de la noche.

Y ahora preguntamos nosotros: ¿dónde está aquí la diversion? Despues de todo, estos tales siquiera no molestan á nadie.

No así otras comparsas menos sujetas á la táctica, que además de la guitarra, aunque á veces esta se suprime por superflua, van armadas de castañuelas, y mejor que eso, de sus pulmones, merced á los cuales entonan un vito ó unas playerras con un empuje tal, que no parece sino que tras la copla van á echar la laringe y aun los bofes; todo ello al son del repiqueteo de los palillos y con acompañamiento de jaleo á grande orquesta batiendo las palmas al modo del que coje moscas.

Esta diversion no tiene otra contra, fuera de la de no dejar dormir al que pretende hacerlo en uso de su legitimo derecho, que la de tener tres semanas á aquellas *primas donnas* callejeras hablando por señas; porque no hay gañote que tal resista, aunque esté forrado de guta-percha como los cables de los telégrafos submarinos.

En semejante dia no se arrojan saquillos desde los balcones ni frijoles y alpiste desde la cazuela del teatro. Al cabo en algo se ha de conocer que estamos en plena Cuaresma. Los gatos de la fábula padieron comerse el capon puesto al fuego; pero no quisieron cargar su conciencia comiéndose el asador. A la misma especie pertenece este escrúpulo de las mujeres en el Domingo de Piñata.

La concurrencia á los bailes es mucho mayor en tal noche que en las del Carnaval. Esa es la costumbre, y por mas absurda que ella sea le basta con ser costumbre. Despues de dicha esta palabra ¿qué objecion se puede hacer?

Nosotros, sin embargo, casi nos atreveríamos á dar una razon, porque no hay causa por mala que sea que no tenga su punto defendible.

En efecto, vemos que los comestibles ganan en estimacion fuera del tiempo en que naturalmente se producen, y así los tomates, por ejemplo, valen y se pagan á dos y tres reales cuando principian á asomar por el mercado verdes y agrios aun, menospreciándose ó poco menos cuando ya en buen sabor y maduros se pregonan á dos cuartos por las calles. ¿Quién dió esa estimacion á lo malo sobre

lo bueno, á lo nocivo sobre lo inocente? Solo una circunstancia; la de no ser aquella su época.

Apliquemos el verbigracia. El Carnaval es la sazón de los bailes. Por eso cuando se dan de estos en el teatro nadie concurre. Son los tomates á dos cuartos la libra. En un domingo de Cuaresma ya es otra cosa. La época de aquellos ha pasado, y por eso se apetecen mas. Véase por qué el teatro se llena en tal noche.

De aquí lógicamente puede deducirse que si andando el tiempo llegase á hacerse costumbre el dar un bailecito de máscaras en Viernes Santo, este bailecito habia de hacer completo furor, como ahora se dice.

Los bailes de Piñata, como mas concurridos y bulliciosos, constituyen los verdaderos tipos de esta clase de fiestas, las que si no son fiestas de guardar lo son de gastar. En ellos el influjo de las localidades se hace sentir de una notabilísima manera, y por eso si en el teatro Principal pueden los concurrentes disfrutar ó aburrirse segun para cada cual corra el viento, al cabo unos y otros respetan á la sociedad allí reunida, y por tanto se respetan á sí mismos. No sucede así por lo comun en otros locales, donde la *animacion* suele llegar al punto de andar á trompadas y á botellazos por quitame allá esas pajas; siendo la prevencion civil un apéndice obligado, ó como si dijéramos una habitacion mas para el desahogo de los aficionados de mayor empuje: ella es el condensador donde se los coloca para hacer que baje su temperatura á los grados de la racionalidad.

En cuanto á la Piñata, que es la que ha dado origen y nombre á este paréntesis de la Cuaresma, solo diremos de ella que si en muchos bailes ya no se coloca, el Principal en cambio posee dos ejemplares que dan lugar á otros tantos episodios del espectáculo. Su apertura se anuncia al toque de campana, y al primer golpe cincuenta manos y cincuenta sombreros se colocan debajo, y en medio de recias oleadas se espera la señal definitiva. Dada esta caen en copiosa lluvia los dulces vivamente disputados, y cada aplastada yema cuesta al que logra recogerla diez pisotones y alguno que otro arañazo de mayor cuantía, de los cuales el que menos vale hartó mas de los dos cuartos que cuesta la pieza en la confitería de la esquina. Esta es otra de las cosas que tampoco comprendemos.

Tal ha sido el Domingo de Piñata de 1860. Él se ha parecido al anterior como dos gotas de agua, y si Dios no lo remedia así se parecerá al de 1861.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

CARIDAD.

JUGUETE IMPROVISADO EN EL ALBUM DE UNA LINDA GADITANA.

Anda, por esta ciudad
y hasta en la noche á deshora,
una dama encantadora

que se llama *Caridad*.

De todos es conocida,
y de los mas apreciada:
está loca rematada
y por amores perdida.

Desde Diciembre hasta Junio,
y desde Agosto al Enero,
ama á un galan caballero
cuyo nombre es *Infortunio*.

Siempre con él está en paces,
porque es su dueño querido,
y ella muda de vestido
y se encubre con disfraces.

Dá á los tristes un consejo,
templa el dolor con cariño,
ya toma el rostro de un niño,
de una beldad ó de un viejo.

Trocar siempre es su placer
el dolor por la alegría;
y aun á la amarga agonía
suele quitar padecer.

Fuera su mayor tormento
no guardar para el quebranto,
ni una gota de su llanto,
ni un suspiro de su aliento.

Tú, prez de las gaditanas
tal virtud debes tener,
porque adquiera en tí mas ser
lo que ilustra á tus paisanas.

Dichoso soy en verdad,
pues para mi infiel dolor,
ya que no puedo tu amor,
obtendré *tu caridad*.

ADOLFO DE CASTRO.

MODAS DE PARIS.

El lujo no disminuye y los equipos siguen cada vez mas suntuosos.

Las bellas guarniciones de punto de Hungría de la casa Sorré-Delisle conservan su favor, y se emplean en todos los trages á los cuales quiere darse cierto sello de especial elegancia.

La espresada casa Sorré-Delisle ha creado tambien las *mariscalas*, que se colocan sobre corpiños y capas. Es un adorno muy lindo que desde su aparicion comenzó á adoptarse. Por lo demás, esta importante casa multiplica sin cesar sus novedades y nos ofrece constantemente los mas brillantes modelos de pasamanería.

Unas veces, bajo la forma de flequillos, hallais graciosos caprichos adecuados á las telas. Otras, son alamares, bellotas, forrageras, franjas caste-

llanas, bellas tiras de terciopelo; ya cintas lisas ó labradas, ya blondas negras ó blancas, tul para trages de baile, pequeñas hebillas de cinturon, prendidos de red de seda ó canutillos; en fin, mil graciosos objetos, inventados por la coquetería y el buen gusto, y que seria imposible enumerar de un modo completo.

Los sombreros permanecen como al principio de la estacion: poco grandes y ensanchados por delante. Su forma no experimentará variacion considerable hasta la primavera. Los adornos son los únicos que varian segun el gusto de quien los confecciona.

Para ciudad casi no se llevan sino de terciopelo liso. Estos no tienen ni flores ni plumas; solo se cubren con un velillo *Clotilde*.

Creo haber dicho que este velillo *Clotilde* se hacia, no solo de Chantilly, sino tambien de imitacion, ya negro ó ya blanco, lo que lo hace muy baratos.

Puesto que acabo de hablaros de sombreros, voy á citaros tres modelos que he admirado ayer en casa de Leroy-Mariton, elegante santuario de donde parten las innovaciones mas coquetas de la moda.

Primer modelo.

Sombrero de terciopelo real blanco, el ala de terciopelo liso azul celeste.

Al lado izquierdo del ala manajo de plumas blancas que rematan en azul celeste.

En el interior bandó de terciopelo azul y blanco, á la izquierda dos pequeñas cabezas de plumas: carrilleras de blonda blanca.

Segundo modelo.

Sombrero de crespón rosa. A la izquierda marabús rosa.

Una magnífica blonda blanca se revuelve sobre el fondo, enlazándose á una especie de torcete de crespón.

En el interior del ala bandó de capullos de rosa, y carrilleras de blonda blanca.

Cintas muy anchas.

Tercer modelo.

Sombrero de terciopelo liso color de malva.

El ala forma paños que se sugetan con una hebilla de oro.

A la izquierda, manajo de plumas malva que caen encima y debajo del ala.

En el interior, bandó de terciopelo, y carrilleras de blonda.

Cintas de terciopelo malva.

Para baile, las telas ligeras y diáfanas se prefieren á las demás. Sin embargo, se ven algunos trages de raso blanco.

Los trages de tres dobles naguas en tul liso se llevan mucho. Algunas veces se los siembra de florecillas.

Vienen en seguida los de tarlatana con dos faldas, ó con volantes *Pompadour*.

Los volantes no impiden el colocar una doble falda. Solo que entonces no deben pasar de la rodilla.

La segunda falda se guarnece con un plegado

igual ó con una cinta, y se recoge por medio de una cadena de flores.

Las mangas se llevan cortas y los corpiños muy escotados.

Como variedad se hacen naguas de trages para bailes en crespon, tul ó tarlatana. Se las siembra tambien de flores, de mariposas de cinta ó de estrellas de oro.

Habiendo vuelto las joyas á estar de moda, nuestras bellas adoptan, como antes, los mas ricos aderezos. Entre los de capricho, el coral es de los mas estimados: esto sienta admirablemente á las mujeres trigueñas.

Las jóvenes llevan frecuentemente perlas.

Aun tenemos aquí el invierno amenazante. Esto me induce á recordaros los *guantes químicos* de la casa Prevost, tan eficaces para la curacion de los sabañones.

M. Prevost es el inventor del *manotipo*, sistema por medio del cual se puede tomar la medida de los guantes sobre cualquier mano, aun la mas disforme, con una precision sin igual y una regularidad perfecta.

Hablaré hoy poco de los equipos de baile. Los de la corte y el mundo aristocrático se han suspendidos por consecuencia de la muerte de S. A. R. la gran duquesa Estefanía de Baden. En cuanto á los trages de ciudad, son de una estremada sencillez, porque la continuacion del mal tiempo impide á las elegantes salir de otro modo que en carruaje.

En nada aparece ningun modelo nuevo.

Los trages se hacen siempre muy montantes.

Las mangas anchas obtienen la preferencia para equipos de ceremonia.

Los trages de telas de seda á ramos no se guardan.

Los de tafetanes lisos llevan volantes hasta la rodilla, ó bien hasta el talle.

El terciopelo se usa mas que nunca para el adorno de los trages.

En las mangas anchas se le emplea para vuelos de grandes dimensiones.

Es de buen género el llevar un brazalete de caballos con un brazalete de oro.

MME. JULIETTE LORMEAU.

LA ROSA ENTRE LAS ROSAS.

I.

Muy temprano vienes, niña,
por estos jardines bellos,
por esta oscura arboleda,
por estos lindos paseos!
Llevas rosas en la falda,

llevas rosas en el pecho....

¡Pobre de la hermosa niña
si la ven los jardineros!

Las rosas de estos rosales
no robes, niña, á su dueño,
pues en tus megillas tienes
rosas de color mas bello,
de mas virginal pureza,
de mas vida, de mas precio;
ni dejes tan de mañana
la blandura de tu lecho,
la custodia de tu madre,
la dulce paz de tu sueño,
pues aunque en estos jardines
es el ambiente muy fresco,
cantan muy dulces las aves,
son claros los arroyuelos,
es todo perfume el aura
y es todo flores el suelo,
pudieran equivocarte
con las rosas los mancebos
y alguno de ellos cojerte
y deshojarte en su seno,
*porque las niñas son flores
que hasta las deshoja el viento.*

II.

Pero si las bellas rosas
no son el único objeto
por quien dejas tan temprano
la blandura de tu lecho,
la custodia de tu madre,
la dulce paz de tu sueño;
si buscas tan de mañana
á algun gentil jardinero
que te regala las rosas
con que adornada te veo,
no le busques tan temprano
en estos jardines bellos,
en esta oscura arboleda,
en estos lindos paseos,
que eres una fresca rosa
de los jardines del cielo
y á los jardineros gustan
rosas del jardin ageno.
Eres débil como niña

y él fuerte como mancebo;
¿quién sucumbirá en la lucha
la niña ó el jardinero?
y si en la lucha sucumbes
dí ¿qué será de tí luego,
y qué de la dulce madre
que al coronarte de besos
te llama su luz, su gloria,
su vida, su Dios, su cielo?
¡Oh niña, torna á su lado,
torna al abrigo materno,
porque las niñas son flores
que hasta las deshoja el viento.

ANTONIO DE TRUEBA.

ADVERTENCIA.

La abundancia de materiales que existen en esta redaccion, y á los que no podremos dar publicidad en mucho tiempo, nos fuerza á suplicar de nuevo á las personas que piensen honrarnos con sus producciones, se sirvan suspender su envío hasta tanto que lo contrario se prevenga.

Tambien debemos advertir á los autores de originales de antemano remitidos, que estos se numeran segun el órden de su recepcion, y que por el mismo se les va dando cabida en el periódico. Toda reclamacion en este sentido hecha por los citados autores con el fin de recordar su pronta insercion, queda contestada y satisfecha con la presente advertencia.

NOTA.—No habiéndose recibido de París en tiempo oportuno el figurin de Modas, se repartirá con el de la próxima semana. Suplicamos á nuestros suscritores nos dispensen de esta falta tan agena á nuestra voluntad como irremediable.

SUMARIO.= *Un nido de palomas*, por Doña María del Pilar Sinués de Marco.= *Las siete virtudes capitales*, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.= *Del sublime considerado estéticamente*, por D. Eduardo Serrano Fatigati.= *La Familia*, por D. Eduardo Serrano Fatigati.= *Hojas del Corazon*, páginas de Julia la hija del pescador, por D. Julio Rosas.= *Un recuerdo*. Poesía, por Doña Luisa Perez de Zambrana.= *Revista de la Habana*, por D. Julio Rosas.= *Estudios*

histórico-críticos sobre la decadencia de la literatura española, por D. B. Diaz de Rivera.= *La Nada*. Poema, por D. José Selgas.= *A Gertrudis Gomez de Avellaneda*. Poesía, por D. Victor Caballero y Valero.= *Alonso Pita de Veiga en la batalla de Pavía*, por D. José Ferrer de Couto.= *Costumbres de los marroquíes*.= *Revista de Madrid*, por D. Pedro Manuel de Moroy.= *El Domingo de Piñata*, por D. Francisco Flores Arenas.= *Caridad*, poesía, por D. Adolfo de Castro.= *Modas de París*, por Mme. Juliette Lormeau.= *La rosa entre las rosas*, por D. Antonio de Trueba.= *Advertencia*.= Geroglífico.

LAMINAS.= *Dibujo de tapicería en colores*.= *Hoja doble de patrones y bordados*.= *Hoja de Crochet*.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El gato de Mari-Ramos halaga con la cola y araña con las manos.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

